

LA FORMACIÓN DE ESCUADRONES EN LOS TRATADOS MILITARES ESPAÑOLES DE LA DECIMOSEXTA CENTURIA

Ricardo GONZÁLEZ CASTRILLO¹

RESUMEN

Este artículo analiza la manera en que se organizaban los escuadrones en el siglo XVI, a la luz de la información contenida en las obras de autores militares que escribieron durante esa centuria. Después de pasar revista a los datos que facilitan sobre la definición de escuadrón y las principales armas que llevaban los soldados, se trata de la figura del sargento mayor, como responsable de constituir aquella formación. Más adelante se abordan tanto el procedimiento para conformar esta estructura como los tipos utilizados por nuestros ejércitos en ese periodo histórico. Acabada la exposición de esta materia, se añaden otros dos capítulos que guardan relación con la forma en que operaban los escuadrones en la marcha y en la batalla y con la disposición seguida a la hora de alojarlos.

PALABRAS CLAVE: Escuadrones, siglo XVI. Táctica militar, siglo XVI. Guerra–estrategia, siglo XVI. Literatura militar, siglo XVI.

¹ Universidad Rey Juan Carlos.

ABSTRACT

This article analyzes the way squadrons were organized in the sixteenth century, based on the information contained in the books of military authors who wrote during that century. After reviewing the data provided on the definition of squadron and the main weapons that the soldiers carried, it deals with the figure of the sergeant major as the person responsible for ordering to fall in the formation. Later on, it is discussed both the procedure to join this structure and the types used by our armies in that historical period. Once the narration is finished, there are two other chapters added that main aim aims at the way in which the squadrons operated in the march and in the battle and with the disposition followed when housing them.

KEY WORDS: Squadrons, Sixteenth Century. Military tactics, Sixteenth Century. War–Strategy, Sixteenth Century. Military literature, Sixteenth Century.

* * * * *

Introducción

La formación de escuadrones o *arte de escuadronear* fue un tema abordado en sus escritos por los tratadistas militares españoles del siglo XVI. Se trataba de un asunto relevante que guardaba relación con la disposición de los soldados para el combate o los desplazamientos, y también con la forma de ser alojados, aspectos todos ellos recogidos en sus obras². La mayoría de los autores dedicó capítulos de diferente extensión a esta cuestión. Pero hubo quienes compusieron libros enteros –como Juan

² Álava y Viamont, Diego de: *El perfecto Capitán instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de la Artillería*. Pedro Madrigal, Madrid, 1590, fol. 150v. *Vid.* también Londoño, Sancho de: *El discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*. Roger Velpen, Bruselas, 1596, pág. 29. Por confesión propia, sabemos que este último autor recibió del duque de Alba el encargo de escribir esta obra el 11 de enero de 1567, lo cual hizo en poco más de un año, pese a su deficiente estado de salud (pág. 91). Su muerte fue descrita por Antonio de Trillo. *Historia de la rebelión y guerras de Flandes*. Guillermo Drouy, Madrid, 1592, fol. 45v. Sobre estas formaciones, *vid.* tb. Molina Fernández, Juan: *Formaciones de los Tercios en el siglo XVI*, 2018. <http://bellumartishistoria.blogspot.com/2018/02/formaciones-de-los-tercios-en-el-siglo.html> [consultado el 28/08/2020].

de Carrión Pardo³ y Juan de Funes⁴-, pudiéndose, en verdad, afirmar que resulta extraño el autor que no toque este tema. La imagen de un escuadrón como un «castillo» era algo común en los tratados de la época y, así Carrión Pardo decía que «vn esquadron bien formado es lo mismo que vn Castillo, y las mangas siruen de baluartes o traueses»⁵. Esta expresión era similar a la de «muro», que era la denominación empleada por los romanos para designar al escuadrón, y cuya formación recoge Sancho de Londoño⁶. Asimismo, como sucedía con otras materias analizadas, predominaba también una clara intención didáctica de enseñar a otros los rudimentos básicos de la profesión castrense. De hecho, la proliferación de este tipo de obras fue especialmente significativa a lo largo de toda la centuria, y, de modo especial, en su segunda mitad. Quizá esto se explique por la recomendación que algunos escritores, como Francisco Antonio, hicieron a los soldados de «leer libros que traten del arte militar, y de fortificaciones, y de guerras... [además de otros] deuotos y espirituales», aspecto este último que creía poco estudiado hasta la fecha, como reconoce en el prólogo al lector, lo cual se proponía enmendar con la publicación de su libro⁷.

Un buen escuadrón, hecho con la debida proporción, se consideraba esencial para imponerse en una batalla o para garantizar un desplazamiento seguro de las huestes y, por contraposición, de estar mal constituido, aumentaban las posibilidades de ser derrotado por el adversario puesto que este podría ser quebrado con relativa facilidad. El sargento mayor era el responsable

³ En el prólogo al lector, reconoce haber escrito su libro «en ratos perdidos», tras los cuales compuso un borrador sobre esta materia que enseñó a compañeros suyos que servían en Flandes. Fueron precisamente quienes más le animaron a que lo editase para que sirviese no tanto «a los muy platicos... [sino] a los mas modernos». Carrión Pardo, Juan de: *Tratado como se deven formar los esquadrones*. Lisboa, 1595.

⁴ «Solamente dire -indica al comienzo de su obra- la orden y manera que se deue tener para hazer vn esquadron de Infanteria y despues de hecho como se ha de caminar con el, y en que parte ha de yr el artilleria, bagajes y carruajes, y esto se ha de entender desde vna compañía, hasta vn tercio o exercito». Funes, Juan de: *Libro intitulado Arte militar*. Tomás Porrallis. Pamplona, 1582, fol. 1r-v.

⁵ Carrión Pardo, Juan de: *op.cit.*, fol. 7v. *Vid.* tb. Álava y Viamont, Diego de: *op.cit.*, fol. 133r. Montes, Diego: *Instrucción y regimiento de guerra*. George Coci, Zaragoza, 1537, fol. 10r. Esta denominación se utiliza también para designar la organización más habitual de un tercio, que consistía en un núcleo central de piqueros protegido en sus esquinas por arcabuceros, y que muchos -como señala Molina Fernández- consideran «la única formación» entonces empleada. Molina Fernández, Juan: *op.cit.*

⁶ Según este autor, los romanos colocaban a soldados guarnecidos con espadas cortas y lanzas *luengas* -que formaban el «muro»- y, en el interior, se situaban hombres equipados con arcs y hondas. Londoño, Sancho de: *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*. Luis Sánchez, Madrid, 1593, pág. 41.

⁷ Antonio, Francisco: *Avisos para soldados, y gente de guerra*. Rutger Velpen, Bruselas, 1597, pág. 250.

de ordenar esta unidad táctica en el *tercio*⁸, conforme a las instrucciones recibidas de su inmediato superior, el maestro de campo –llamado *coronel* entre italianos y alemanes y equivalente al *prefecto* en el mundo romano⁹– y también del capitán general que dirigía todo el ejército. Por tanto, la correcta disposición de un escuadrón, unida además a la observancia de una óptima disciplina, eran, pues, factores de mayor peso para alcanzar la victoria en una contienda militar, incluso más que el número de efectivos con que se contase, por muy elevados que estos fueran. Así lo afirmaba Londoño, quien se decanta por un ejército reducido, al entender que era más ágil en sus desplazamientos y más adecuado cuando se constituían los escuadrones y, por ambas razones, resultaba mucho más complicado poder desbaratarlo¹⁰. Tan cierto era esto, que Diego de Montes compartía este principio general de «poca gente antes que mucha», y añadía además, en apoyo de esta aseveración, la ventaja de poder resolver mejor las cuestiones de intendencia, que, por otra parte, eran determinantes en cualquier conflicto armado. Otro tanto recomienda Bartolomé Scarión de Pavía al señalar la dificultad de abastecer a una copiosa tropa e incrementarse, por añadidura, el peligro de verse diezmada por hambre o enfermedad¹¹. En verdad, la cuestión de *ejército reducido/ejército numeroso* suscitó un amplio debate entre los expertos militares como también lo fue el promovido en torno a otro binomio de gran interés, *ejército nacional/ejército múltiple*, que mencionaremos más adelante.

⁸ «Los tercios eran las fuerzas de infantería destinadas a las guerras que entonces llevaban las armas españolas fuera de la Península». Ferrer, José: *Album del ejército. Historia militar desde los primitivos tiempos hasta nuestros días*. 3 v. Tip. de Hortelano y Co., Madrid, 1846, pág. 453. Londoño afirmaba que los tercios imitaban las legiones romanas si bien su número era la mitad que aquéllas, realizando seguidamente una comparación entre ambas estructuras. Londoño, Sancho de: *op.cit.*, pp. 27 y ss. Por su parte, Bartolomé Scarión de Pavía señalaba que un tercio estaba constituido por quince compañías de 200 soldados cada una «que vienen a ser tres mil soldados, a imitación de las legiones de los Romanos». *Doctrina militar*. Pedro Crasbeeck, Lisboa, 1598, fol. 64r-v. Por lo general, el número idóneo de soldados en una compañía oscilaba entre los 200 a 300 hombres, aunque otros, como Diego de Montes, creía más apropiado que fuese de 500, siguiendo el ejemplo alemán, en la creencia de que ellos fueron los primeros en «dar orden en la infantería». *Op.cit.*, fol. Vr.

⁹ Véase la evolución de este cargo en: Barroso, Bernardino: *Teórica, práctica y ejemplos*. Carlo Antonio Malatesta, Milán, *circa* 1622, pág. 44.

¹⁰ Londoño, Sancho de: *op. cit.*, pág. 48.

¹¹ Scarión de Pavía, Bartolomé: *op.cit.*, fol. 19r. Recordaba que los romanos, «a los cuales en todas las cosas de guerra, todas las otras naciones del mundo los van imitando, que solían mandar un ejército de 10.000 infantes y 2.000 caballos como norma habitual y, de ser el enemigo mayor en número, conformaban entonces un ejército de 30.000 infantes y 8.000 caballos, que es el número más elevado que podían reunir, y que consideraban suficiente para emprender cualquier clase de campaña.

Qué se entendía por *escuadrón* es cosa que Francisco de Valdés –ilustre militar que sirvió en Flandes a las órdenes de Luis de Requesens¹² y Alejandro Farnesio¹³, llegando a ocupar el cargo de maestre de campo– aclara con precisión en sus dos obras al definirlo como «vna congregacion de soldados ordenadamente puesta por la cual se pretende unir a todos juntos de manera que se junten las fuerzas de todos los hombres y se hagan invencibles». En parecidos términos, se expresaba otro no menos insigne oficial y diplomático, como Bernardino de Escalante¹⁴. Mientras Montes, por su parte, escribía que era «vna multitud congregada assi de gente de a pie y a cauallo»¹⁵, al tiempo que Scarión lo veía como una formación en la que estaban «todas las fuerças ... vnidas, assi pelean los flacos como los fuertes»¹⁶. Finalmente, Miguel de Lanz, en una carta que dirigió a un anónimo destinatario, fechada en el año 1568, indicaba que «esquadron no quiere decir otra cosa sino vn ajuntamiento de poca o mucha gente con orden y concierto ajuntados en proporcion, como de verdad lo son todas las demas cosas materiales y artificiales, que son dotadas de perficion»¹⁷.

Tres fueron las principales armas que se utilizaban en el ejército de ese periodo: pica, arcabuz y mosquete. Y fue, precisamente en esa combinación de armas blancas y armas de fuego, donde insinúa René Quatrefages que pudiera encontrarse la explicación de la «formidable potencia de la infantería española»¹⁸. Según la opinión de los autores militares de la época, las cualidades físicas de un hombre lo hacían más idóneo para el manejo de un tipo de arma en concreto. Hubo quienes incluso se mostraron partidarios

¹² Menciona Trillo la misión protagonizada por Valdés para recuperar la ciudad de Leiden con 17 compañías en el mes de octubre del año 1574. *Op. cit.*, ff. 37r-38v.

¹³ «Bien conocido -señala Alonso Vázquez- por su prudencia y valor y por los discursos militares que dejó escritos, que fueron maestros para aprender sus officios muchos sargentos mayores». *Sucesos de Flandes y Francia*. Ms. 2767 de la Biblioteca Nacional de Madrid, fol. 667r.

¹⁴ Valdés, Francisco de: *Diálogo militar en el cual se trata del oficio de sargento mayor*. Pedro Madrigal, Madrid, 1592, fol. 15v. *Vid. tb. Espejo, y disciplina militar en el cual se trata del oficio de sargento mayor*. Rutger Velpen, Bruselas, 1596, pág. 16. En este último libro, escrito en forma dialogada -recurso literario utilizado por otros autores militares- uno de sus personajes, Alonso de Vargas, incluye este siguiente juicio crítico sobre la obra: «Yo he visto este libro, y me parece que el Maestro de Campo Valdez escriue muy bien sobre el oficio de Sargento mayor, y que sera libro de mucho provecho, porque demas de la claridad que lleua, dara principio y materia, como el dize, para que otros escriuan». *Vid. tb. Escalante, Bernardino de: Diálogos del Arte Militar*. Rutger Velpen, Bruselas, 1588, fol. 78r.

¹⁵ Montes, Diego de: *op. cit.*, fol. 12v.

¹⁶ Scarión de Pavía, Bartolomé: *op. cit.*, fol. 64r.

¹⁷ Ms. misceláneo núm. 3827 de la Biblioteca Nacional de Madrid, fol. 85v.

¹⁸ Quatrefages, René: «El ejército, gran protagonista de la Política exterior», en *Historia General de España y América*, t. VI, 1986, pág. 580v.

de adoptar los usos y costumbres de otras naciones para realizar el proceso de selección, como el que seguían los otomanos en la «Escuela de Jenizaros» que refiere Escalante¹⁹. A este respecto, Martín de Eguiluz pensaba que los mosqueteros debían ser hombres «dobladados, rehechos y gallardos» y los arcabuceros «medianos y menores» ya que su baja estatura les permitía no obstante realizar disparos más certeros²⁰.

La *pica* era considerada como el arma fundamental de la infantería, cuya invención estaba ligada al pueblo suizo y a las luchas contra sus vecinos alemanes y borgoñones. Ideada «para la resistencia y ofensa de los caballos» –como señalan Álava y Viamont, García de Palacio y Scarión, entre otros²¹– empleaban una de 15 ó 16 pies de longitud, y adquirieron fama por su destreza en manejarla, aunque sus antecedentes son mucho más remotos. Teníase por entonces como «la reina de las armas», y Barroso justificaba su primacía por el hecho de que «en esquadron los arcabuzeros estan devajo del amparo de las picas»²². También, para Escalante, esta arma resultaba esencial y lo argumentaba diciendo que los piqueros eran ciertamente el núcleo principal de cualquier escuadrón²³. Pero, a diferencia de lo que ocurría con los arcabuceros –que buscaban su protección cuando el enemigo rompía su formación–, los piqueros quedaban expuestos en esta misma circunstancia. Un autor como Andrés Ortiz de Pedrosa –alférez primero y luego sargento al servicio de los maestros de campo Juan de Ribas y Álvaro Suárez de Quiñones, respectivamente–, consideró las diferentes clases de picas entonces existentes explicando su manejo, convencido como estaba de su superioridad sobre cualquier otra clase de armamento. Tras enumerarlas,

¹⁹ Escalante, Bernardino de: *op.cit.*, fol. 47r.

²⁰ Eguiluz, Martín de: *Milicia, discurso y regla militar*. Luis Sánchez, Madrid, 1592, fol. 19v. Escribió este libro cuando contaba con 24 de años de servicio como militar. En el prólogo señala cómo sirvió al rey en diferentes destinos, primero como soldado y luego como sargento y alférez. En septiembre de 1586 se encontraba prisionero en el castillo de Milán, donde escribió su obra.

²¹ Álava y Viamont, Diego de: *op.cit.*, fol. 74r. García de Palacio, Diego: *Diálogos militares*. Pedro Ocharte, Méjico, 1583, fol. 189v. Por su parte, Scarión incidía en que, sin su utilización, no podía entenderse algunas gestas militares, como las victorias de Noara y Marián, en las que las picas fueron decisivas para frenar el empuje de la caballería enemiga. Scarión de Pavia, Bartolomé: *op. cit.*, fol. 87v.

²² Barroso, Bernardino: *op.cit.*, fol. 18r.

²³ El ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid, signado como R/4881 en la ordenación de fondos de este Centro, contiene interesantes y abundantes anotaciones manuscritas sobre algunas de las cuestiones tratadas. Y así, en relación a lo afirmado por este autor sobre que la pica era «de más estimacion, por ser este genero de armas la mayor firmeza de vn campo», señala el anónimo lector lo siguiente: «assi lo escriuen todos pero ninguno lo entiende. No ay pica sin boca, ni boca segura sin pica». Escalante, Bernardino de: *op.cit.*, fol. 26v.

acabó sentenciando que «los españoles la usan para sus escuadrones y la protegen con arcabucería»²⁴.

Los piqueros podían llevar como defensa diferentes piezas que recibían la denominación común de *coselete* y que servía para designar también al soldado que las llevaba²⁵. De color blanco y bien pulidos todos sus componentes, producían un efecto psicológico en el adversario, que destaca Londoño. La expresión de *pica seca* hacía referencia a la carencia de estos elementos de protección. Los suizos se valían más de esta última frente a los españoles que usaban más el coselete. Esto alomejor puede explicarse en razón de la procedencia del pueblo helvético, al señalar que era «gente robusta, & criada en tierra aspera, y fragosa»²⁶. Por lo general, los piqueros sin protección se colocaban en el interior del escuadrón en tanto que los coseletes ocupaban las posiciones externas del mismo. Sin embargo, cuando se quebraba la formación enemiga, la función de las picas secas era la de perseguir al oponente²⁷.

Existían picas de varias longitudes. En nuestro ejército, las más habituales medían 22 palmos de vara española²⁸, si bien escritores como Londoño prefería que fuesen algo más largas, hasta alcanzar los 26. Consciente de que este argumento podría acarrearle las críticas de sus compañeros de armas, se apresuró a justificarlo en razón de que «el paso [era] menos fastidioso que con una de 20 palmos». No obstante, más adelante, acabaría por reconocer, como mejor opción, la de emplear una más corta –de 16 palmos– a la que denominó *luenga*, muy similar a la empleada por suizos y los jenizaros, considerando que, con ella, un soldado estaba suficientemente armado, cuando se colocaba «en la frente del escuadrón», prefiriendo de este modo utilizar «cuantas más se puedan de este tipo» en los escuadrones²⁹. Por último, Scarión pensaba que la pica debía tener, por lo menos,

²⁴ Ortiz de Pedrosa, Andrés: *Perfecto General y opiniones militares*. Real Biblioteca de Madrid, ms. II-811, ff.47r y 87r. En el prólogo reconoce que los soldados españoles se mostraban reacios a dejar por escrito sus experiencias y vivencias y, de este modo, consideraba que había «poquisimos [libros] desta profesion, siendo la mas importante de las profesiones».

²⁵ «Los piqueros para yr bien armados, conuiene que lleuen vn cosselete cumplido con sus tacetas, hasta passada la rodilla, las medias piernas de malla, y vn buen capacete à media vista, la bragadura de hierro, braçabetes, manoplas, guantes de malla, espada y daga». Y se aconsejaba asimismo que portasen un escudo o rodela a la espalda para protegerse de arqueros y balleteros. Álava y Viamont, Diego de: *op.cit.*, ff. 129v-130r. *Vid.* tb. una descripción similar en Scarión de Pavia, Bartolomé: *op.cit.*, ff. 87v-88r.

²⁶ Carrión Pardo, Juan de: *op.cit.*, fol. 9r.

²⁷ Eguiluz, Martín de: *op.cit.*, fol. 122r.

²⁸ Medida de longitud que equivalía a 83,5 cm La vara se dividía en 3 pies o 4 palmos. Por lo tanto, el pie medía 27,8 cm y el palmo 20,87 cm.

²⁹ Londoño, Sancho de: *op.cit.*, pp. 19 y 21.

15 pies y lo argumentaba explicando que, una vez formado el escuadrón para el ataque, esta medida cubría un mayor número de hileras que «siendo la pica menos larga de quinze pies ... [en cuyo caso] no puede combatir sino la primera, segunda y tercera hilera y la quarta no podrá socorrer a deffender la primera»³⁰.

Análoga consideración en el terreno de las armas portátiles de fuego tuvo el *arcabuz* cuya utilización fue imponiéndose a lo largo del siglo XVI —especialmente después de la batalla de Pavía— debido a tres factores principales: la paga del soldado era mayor; la distancia de combate a la que operaban los arcabuceros, superior, y, por tanto, con menor riesgo de muerte; y su equipamiento, más liviano que el de un coselete. Por todos estos motivos, Scarión indicaba que «en este tiempo todos quieren ser arcabuceros»³¹. A quienes servían con esta arma, se les exigía que elaborasen su propia munición, entregándoles para ello los materiales necesarios, y quedaba a su criterio la cantidad de pólvora necesaria para cada tiro³². Algunos tratadistas sugirieron la conveniencia de homologar estos proyectiles para poder ser intercambiados con otros compañeros. La homogeneización deseada afectaba también al propio arcabuz, como señalan tanto Londoño como Scarión. Para ambos el más conveniente era el de «canon 4. palmos y medio de vara Española, alixerado de delante, y reforçado de cureña», con balas que pesaban «tres partes de vna onça»³³. El arcabuz era especialmente efectivo contra la infantería enemiga, y ocurría con frecuencia que «con solo ella muchas vezes se ha alcançado victoria»³⁴. Entre los muchos ejemplos de batallas que señalan los autores de literatura militar de la época, podría referirse la campaña de Frisia —citada por Valdés, entre otros—, en la que las fuerzas del duque de Alba —constituidas por 1.000 arcabuceros y 500 mosqueteros—, consiguieron imponerse a la formación de 12.000 infantes del conde Ludovico Nassau.

Finalmente, el *mosquete* —más pesado y que debía dispararse apoyado sobre una horquilla—, resultaba no obstante más efectivo que el anterior frente a caballeros armados con fuertes corazas, ante los cuales el arcabuz servía de poco³⁵. La práctica habitual era que el mosquete estuviese «siem-

³⁰ Scarión de Pavía, Bartolomé: *op. cit.*, fol. 88v.

³¹ *Ibidem*, fol. 92r-v.

³² Ferrer, José: *op. cit.*, pág. 465. Se incluye aquí la anécdota protagonizada por el arcabucero Roldán, el cual entregó al monarca francés Francisco I la bala de oro que fabricó para matarle, tras su captura en Pavía por las tropas del emperador Carlos V.

³³ Londoño, Sancho de: *op. cit.*, pág. 23. Idéntica descripción en: Scarión de Pavía, Bartolomé: *op. cit.*, fol. 92r.

³⁴ Valdés, Francisco de: *Espejo...*, pág. 36.

³⁵ Ortiz de Pedrosa, Andrés: *op. cit.*, fol. 47v.

pre cubierto de arcabuzeria»³⁶. Carrión Pardo indicaba que era «el arma que mas importa» en su tiempo, y razonaba esta apreciación en función de las victorias obtenidas con ella en suelo flamenco ante ejércitos superiores en número de soldados³⁷. Eguiluz, por su parte, incidía en el daño que causaban las armas de fuego en los escuadrones de caballería si se disparaban de forma certera pero recordaba que sólo se contaba con una oportunidad antes de verse por ella arrollados³⁸.

Fue precisamente esta combinación de piqueros y arcabuceros la mejor y más utilizada táctica para frenar el empuje de la caballería debido a la mutua protección que se ofrecían. Lo que variaba era la diferente proporción de picas y arcabuces que recomiendan los autores militares de la época. Y van desde la igualdad en número –como aconsejaba Álava y Viamont– hasta los que se decantan por una mayor presencia de unas u otros en el ejército.

Para Funes, por ejemplo, la proporción de dos picas por arcabuz era lo adecuado «porque en esta orden esta el campo en toda su fuerça». Y ofrecía a continuación la distribución de un tercio de 3.000 soldados, con «doze capitanes, que cada vno de ellos tiene a dozientos y veynte y cinco soldados [coseletes y picas secas], y otro capitan de arcabuceros que tiene trezientos», sumando, pues, las trece compañías que consideraba necesarias³⁹. Sin embargo, en contraposición a este principio, el capitán Marcos de Isaba optaba por una mayor presencia de soldados con armas de fuego y se decantaba además por tercios con mayor número de hombres –4.000, distribuidos en 16 compañías de 250 hombres cada una–, de los cuales 400 serían mosqueteros, 1.560 arcabuceros y 1.040 coseletes⁴⁰. También Eguiluz compartía el parecer de Álava y Viamont sobre la idéntica proporción de picas y arcabuces, si bien más adelante llegase a afirmar, movido por su experiencia, que «en esta Era el arcabuceria y mosqueteria son de mucha facion, y bastaria 35 picas por 100 en cada compañía»⁴¹.

³⁶ Barroso, Bernardino: *op.cit.*, pág. 58.

³⁷ Carrión Pardo, Juan de: *op.cit.*, fol. 8r.

³⁸ Eguiluz, Martín de: *op.cit.*, fol. 128r.

³⁹ Funes, Juan de: *op.cit.*, ff. 1r, 5v y 9r.

⁴⁰ Isaba, Marcos de: *Cuerpo enfermo de la Milicia española*. Guillermo Drouy, Madrid, 1594, fol. 22v. La obra fue presentada a Pedro de Velasco, miembro del Consejo de Guerra por su cuñado, el teniente Miguel Guerrero de Casedà, quien ocupó este mismo cargo al frente del castillo de Capua tras la muerte de su autor. En la epístola de Miguel Guerrero al Rey del ejemplar R/15524 de la Biblioteca Nacional de Madrid se incluye una apostilla manuscrita junto al nombre de Isaba que reza: «natural del lugar de villa franca, Del Reyno de nauarra».

⁴¹ Eguiluz, Martín de: *op.cit.*, fol. 110r.

El sargento mayor, responsable de la formación de escuadrones

El cometido de organizar a los soldados del tercio y conformar el escuadrón correspondía al sargento mayor, rango militar tratado con gran espacio y profusión en las fuentes⁴². Al parecer, la etimología del nombre tendría un origen francés, en cuyo idioma –señala Valdés– significa «lo mismo que en nuestra lengua Española Ministro»⁴³. Barroso menciona que este cargo se había creado para aliviar las funciones del maestre de campo, su superior y autoridad máxima en un tercio⁴⁴. Este último era el que proponía su nombramiento aunque este quedaba supeditado a recibir la preceptiva confirmación del capitán general. Para cumplir con sus funciones, Scarión de Pavía exhortaba a los que detentasen este puesto a pasar «la mayor parte [del tiempo] cerca de su persona», es decir, al lado del maestre de campo, de quien recibía las órdenes que luego ponía en práctica⁴⁵. Pero Valdés confiesa haber conocido a lo largo de su carrera militar «pocos abiles Sargentos Mayores», y con razón aclara que esto causaba «no poderse formar el escuadrón en tiempo», para acabar luego reconociendo que si la elección de las personas que ocupan este cargo viniese acompañada de otras virtudes –como los años de servicio en el ejército– entonces podía enmendarse esta deficiencia⁴⁶. En verdad, la experiencia como criterio para la selección de los cuadros de mando del ejército aflora en muchos tratadistas. Se recoge también en la serie de recomendaciones formuladas por Fernando Álvarez de Toledo, tercer Duque de Alba, para mejorar la milicia en Flandes. Y así, luego de incidir en la necesidad de que fuesen «platicos de muchas experiencias en las cosas de la guerra», su discurso enumera todas y cada una de las cualidades deseables en un sargento mayor, aconsejando finalmente, como mejor opción, que fuese escogido para este cargo el capitán más diestro de cada tercio, con al menos diez años de servicio en la milicia⁴⁷. A juicio de Francisco de Valdés, la importancia de este cargo estriba en ser «vn official, ministro general de todo vn tercio, superintendente de los Sargentos

⁴² González Castrillo, Ricardo: *El Arte Militar en la España del siglo XVI*. Madrid, Edición Personal, 2000, pp. 130-132. Su equivalente en el mundo romano era el tesarario, responsable también de formar el *muro* o escuadrón.

⁴³ Valdés, Francisco: *Espejo...*, pág. 9. *Vid.* también: *Diálogos militares*, fol. 5r.

⁴⁴ Barroso, Bernardino de: *op.cit.*, pág. 43.

⁴⁵ Scarión de Pavía, Bartolomé: *op.cit.*, fol. 55r-v.

⁴⁶ Valdés, Francisco de: *Espejo...*, pp. 8-9.

⁴⁷ Álvarez de Toledo, Fernando: *Discurso sobre la reforma de la milicia*. Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 12179, fol. 44r. Asimismo, Valdés comparte este principio, que italianos, franceses y alemanes «entienden muy bien, y solo entre Españoles no se acaba de entender». Valdés, Francisco de: *Espejo...*, pág. 62. *Vid.* tb. Carrión Pardo, Juan de: *op.cit.*, fol. 35v.

de aquel, por via e industria del qual el Maestro de campo, o Coronel dé las ordenes pertinentes en el marchar, alojar y pelear»⁴⁸.

No obstante lo dicho, conviene señalar que algunos escritores refieren casos de sargentos mayores que llegaron a solicitar plaza de capitán –grado inmediatamente inferior en el orden jerárquico de un tercio–, motivados por el sueldo más elevado de que disfrutaban. Bernardino de Escalante mencionaba que «Sargentos mayores pidan, en España, una compañía y se hagan capitanes porque su sueldo es mayor» era prueba suficiente de la escasa consideración que nuestros compatriotas mostraban hacia este oficio, en franca oposición a lo que ocurría en otros países⁴⁹. A este respecto, tanto Carrión Pardo como Valdés, se hacen eco de la anécdota protagonizada por un sargento mayor –llamado en ocasiones Villalpando y en otras Villandrando–, el cual, después de la jornada de Dura, en Alemania, pidió se le otorgase como recompensa el grado de capitán. Tan extraña demanda interesó al emperador Carlos V, quien quiso conocer las razones que lo justificaban. La respuesta no se hizo esperar. El interesado trasladó al monarca que ésta era una costumbre generalizada en la infantería española como forma de premiar las acciones meritorias en el campo de batalla, y, si lo solicitaba, era tan sólo «à causa de ser tan miserable el sueldo de Sargento mayor»⁵⁰. Si hemos de creer a Martín de Eguiluz, fue su hijo Felipe II el que, consciente de la importancia de este cargo tras la anexión de Portugal en 1580, decidió incrementar el sueldo a los sargentos mayores «de 25 escudos que tenían hasta 40, que es paga de Capitan»⁵¹. Esto no hacía más que consolidar una práctica habitual seguida en Flandes, primero por el duque de Alba –que concedió a los sargentos mayores el título de capitán para igualar su paga–, y luego por Juan de Austria, partidario también de reformar este cargo con intención de que fuese ocupado por el capitán más experimentado de cada tercio. Este último incluso llegó a considerar que su salario fuese superior al de un capitán para diferenciarlo de éste, y lo estimó en 60 escudos⁵². Fueron muchos los escritores que apoyaron la revisión al alza de los sueldos en el ejército, convencidos como estaban de que una retribución poco adecuada –cobrada, por añadidura, con bastante retraso– sin duda provocaba una relajación de la disciplina y alentaba el amotinamiento, y sucesos de este tipo fueron habituales a lo largo de la centuria. Pero preciso es enmarcar

⁴⁸ Valdés, Francisco de: *Espejo...*, pág. 10.

⁴⁹ Escalante, Bernardino de: *op.cit.*, fol. 77r.

⁵⁰ Carrión Pardo, Juan de: *op.cit.*, fol. 34r. *Vid. tb.* Valdés, Francisco de: *Espejo...*, pág. 62.

⁵¹ Eguiluz, Martín de: *op.cit.*, fol. 42r.

⁵² Escalante, Bernardino de: *op.cit.*, fol. 44r. *Vid. tb.* Álvarez de Toledo, Fernando: *op.cit.*, f. 44v.

esta conducta en el contexto general de la milicia en aquel tiempo y, en favor de los soldados españoles, cabe recordar que solían gastar su paga en los lugares donde estaban destinados, «al contrario de otras naciones, [que] bueluen siempre a sus tierras con el sueldo entero, como son los Balones, Herreruuelos, Tudescos»⁵³.

Dejando aparte otras atribuciones propias de un sargento mayor –como la distribución de vituallas y munición entre las compañías del tercio o la atención de cualquier necesidad de los soldados⁵⁴–, la de formar un escuadrón era, a no dudarlo, la tarea principal para lograr una «segura orden de caminar... [un] buen modo de alojar y [unas] buenas, y fuertes orden[es] para pelear»⁵⁵. También Carrión Pardo consideraba que esta atribución era la más destacada de este mando militar⁵⁶. Su pericia en constituirlo resultaba determinante para el éxito o fracaso de una misión y, en consecuencia, sucedía que «los capitanes generales suelen culpar a los sargentos mayores primero que a otro ninguno» cuando se cometían errores⁵⁷. Algunos autores llegaron asimismo a requerir del sargento mayor «vn continuo habito» para simular distintos tipos de formaciones antes de que llegase el momento de presentar batalla. Esta práctica era especialmente conveniente en las ocasiones en que el sargento mayor tenía que organizar los efectivos de más de un tercio, circunstancia en que, todavía más, se ponía a prueba las dotes organizativas de este oficial que, «de no auerse exercitado» –en palabras de Valdés–, podría encontrarse en una difícil situación para organizar el escuadrón⁵⁸.

Para cumplir con este cometido, el sargento mayor debía poseer suficientes conocimientos aritméticos además de saber leer y escribir. Así lo indican Scarión de Pavía y Eguluz cuando destacan su facultad «en saber contar». Este último autor critica la costumbre seguida por algunos de ellos que confiaban más en llevar consigo las proporciones expresadas por Francisco de Valdés en sus *Diálogos* –basadas en los cálculos del «numerator del Cataneo Nouares⁵⁹, del estado veneciano, de quien fue sacado desde 200 hasta 20.000 hombres para hazer y formar escuadrones»– que en su pro-

⁵³ Trillo, Antonio: *op.cit.*, fol. 32v.

⁵⁴ Valdés, Francisco de: *Espejo...*, pp. 59-60. Como colofón de su obra, este autor señala que el sargento mayor era «Maestro de toda buena disciplina militar, y universal procurador de todas las necesidades corporales [y espirituales] de los soldados» (pág. 85). *Vid. tb.* Scarión de Pavía, Bartolomé: *op.cit.*, fol. 63v.

⁵⁵ Barroso, Bernardino: *op.cit.*, pág. 46.

⁵⁶ Carrión Pardo, Juan de: *op.cit.*, fol. 33v.

⁵⁷ Valdés, Francisco de: *Espejo...*, pág. 43.

⁵⁸ Escalante, Bernardino de: *op. cit.*, fol. 78v. *Vid. tb.* Valdés, Francisco de: *Espejo...*, pág. 18.

⁵⁹ Girolamo Cataneo, matemático e ingeniero militar italiano, nacido en la ciudad de Novara en 1540 y muerto en 1584. Estuvo al servicio del emperador Carlos V en Lombardía, donde ocupó, entre otros cargos, el de sargento mayor.

pia habilidad para realizar por sí solos estas operaciones. A su juicio, tales mediciones no resultaban siempre adecuadas, y existía además un riesgo evidente de que, en caso de extraviar accidentalmente estas anotaciones, los sargentos mayores se quedasen «a oscuras»⁶⁰. Por su parte, Bernardino Barroso detalla aún más las reglas matemáticas cuyo entendimiento era fundamental para formar un escuadrón que resume en el dominio de la «raiz quadra, que es el fundamento, compas, y regla del Sargento mayor»⁶¹. Valdés definió este concepto matemático como «el número mayor que, por si mismo multiplicado, cabe en la cantidad, o número de que quereys formar el escuadron». Y lo mismo decía Álava y Viamont quien ofreció, para mejor comprensión, una serie de tablas con «hileras de 3 en 3, 5 en 5, 7 en 7 y 9 en 9», conforme a la práctica común seguida por los ejércitos españoles⁶². Y es que, al decir de García de Palacio, «mal se puede saber ordenar un exercito sin Arithmetica», pues sólo con su conocimiento este oficial podía dar en un combate mayor relevancia a una parte del escuadrón en detrimento de otra⁶³.

De poco servía la formación teórica que se exigía al sargento mayor si carecía de datos actualizados acerca de la cantidad de efectivos disponibles en el tercio. Luis Gutiérrez de la Vega indica que esta información se obtenía de dos fuentes principales: de un lado, «por las listas que fueren pagadas las compañías del tercio» (las «listas del Rey»); y, de otro, «por razon de los capitanes, sargentos o furrieles» de las mismas⁶⁴. El número de soldados y las armas que empleaban eran, en efecto, elementos indispensables para formar rápidamente un escuadrón pues «siendo verdadera la relación que dello tuuiere [el sargento mayor], mas descansadamente ordenará»⁶⁵. Funes y Scarión de Pavía, por su parte, creían mejor que fuesen los sargentos de cada compañía los que facilitasen esta cifra, señalando «quantos son cosseletes y quantos picas secas, y quantos arcabuzeros» para compensar las posibles deficiencias de unas con los excedentes de otras⁶⁶. La tendencia que se aprecia en la infantería española de la época es la de una mayor presencia de «mucha mas arcabuzeria, que piqueria». Se advertían diferencias significativas entre ambas, que se fueron acentuando aún más conforme avanzaba la centuria. Valdés, Londoño y Escalante avalan con su testimonio esta realidad y mencionan casos de ejércitos de 9.000 hombres en los que apenas

⁶⁰ Eguiluz, Martín de: *op. cit.*, ff. 42v, 43r y 84v.

⁶¹ Barroso, Bernardino: *op. cit.*, p. 46.

⁶² Valdés, Francisco de: *op. cit.*, fol. 20r. Álava y Viamont, Diego de: *op. cit.*, f. 106r.

⁶³ García de Palacio, Diego: *op. cit.*, fol. 39r.

⁶⁴ Gutiérrez de la Vega, Luis: *Nuevo tratado y compendio de Re militari*. Francisco del Canto, Medina del Campo, 1569, fol. 36r-u.

⁶⁵ *Ibidem*.

⁶⁶ Funes, Juan de: *op. cit.*, fol. 5v. Scarión de Pavía, Bartolomé: *op. cit.*, fol. 57r.

podían juntarse 1.500 piqueros⁶⁷. Situación que se repetía asimismo en otras nacionalidades, especialmente entre los italianos, pero no así entre suizos y alemanes, que mostraban una inclinación hacia el uso de la pica.

Los autores militares trataron de buscar soluciones que solventaran esta realidad con vistas a aprovechar del mejor modo posible esa diferencia numérica. Y así, algunos propusieron, como solución, colocar los arcabuceros sobrantes en el centro del escuadrón por entender que así estaban más protegidos, descontados los necesarios para las dotaciones de guarniciones y mangas. Escalante, por ejemplo, compartía este parecer y lo consideraba especialmente útil en el caso de que el enemigo contase con una potente caballería, como ocurría en el norte de África⁶⁸. Más adelante, reconoce no obstante haberse empleado con éxito la táctica de confrontar arcabuceros frente a caballeros, y traía a colación lo sucedido en Pavía, donde 700 arcabuceros bastaron para derrotar a los temidos «dragones» franceses⁶⁹.

Cuestión debatida entre los tratadistas militares era si el sargento mayor debía ejercer su mando montado a caballo u ocupando un sitio en la hilera donde se situaban los capitanes. La primera opción es por la que se decanta Valdés cuando señalaba que «estando a cauallo podra valer por muchos», y, por contraposición, marchando en la formación, veía limitados sus movimientos. En tanto que Barroso prefería que se colocase a pie en la vanguardia de los piqueros, próximo al maestre de campo, para recibir sus instrucciones. Lo que sí suelen aconsejar los expertos militares es que portase en la mano un bastón –o *gineta*–, del que servirse bien para apartar los obstáculos que encontrase en su camino o bien para mostrar las órdenes. Solía medir tres pies de tamaño «que es lo que cada vn soldado ocupa de costado»⁷⁰, y, en ocasiones, lo utilizaba para castigar de forma expeditiva las infracciones cometidas por los soldados, y «tal vez romperlo en la cabeça del soldado inobediente»⁷¹. Pero esta práctica no era compartida por todos y cabe recordar, a este respecto, como menciona Londoño, que no estaba permitido mutilar ni matar a los soldados de esta manera⁷².

⁶⁷ Valdés, Francisco de: *Espejo...*, pp. 33-34. Londoño, Sancho de: *op.cit.*, pág. 38. Escalante, Bernardino de: *op.cit.*, fol. 46v.

⁶⁸ Escalante, Bernardino de: *op.cit.*, fol. 82r.

⁶⁹ *Ibidem*, fol. 46r. El ejemplar de la Biblioteca Nacional, signado como R/4881, incluye la siguiente apostilla manuscrita: «es falsissimo, no puede resistir, ni sustentarse infanteria sola contra infanteria y caulleria».

⁷⁰ Eguiluz, Martín de: *op.cit.*, fol. 47v.

⁷¹ Valdés, Francisco de: *Espejo...*, pág. 64. *Vid.* tb. Scarión de Pavía, Bartolomé: *op.cit.*, fol. 61v.

⁷² Londoño, Sancho de: *op.cit.*, pág. 29.

Finalmente, cabe reseñar que el sargento mayor realizaba sus funciones apoyándose en uno o dos ayudantes que, por lo general, eran elegidos entre los alféreces más experimentados del tercio y que sustituían a este oficial en caso de incapacidad. Debido a que se esperaba de ellos que asumieran sus funciones en caso de necesidad, se les exigía el mismo nivel formativo que a su superior –en especial lo concerniente a las nociones aritméticas–, para poder desarrollar con eficacia los cometidos antedichos. Eguiluz se mostraba partidario de que estos alféreces fuesen retribuidos con el sueldo de capitán cuando se producía esta circunstancia⁷³.

La formación del escuadrón

Ningún soldado ignoraba en esa época que «el escuadrón de picas se ha de guarnecer por los lados de arcabuzeria» y que, por ello, debía haber «tantas hileras de arcabuzeros de ambos lados, quantas ay de picas»⁷⁴, aconsejando también se defendiera tanto su vanguardia como retaguardia con armas de fuego⁷⁵. El escuadrón comenzaba a constituirse con los hombres que portaban picas, colocándose luego a su alrededor aquéllos que lo hacían con arma de fuego. El sargento mayor efectuaba primero la operación de «sacar la raíz cuadrada de las picas efetivas», y a continuación hacía lo propio con los arcabuces para conformar las guarniciones necesarias y, por último, repartía los restantes arcabuceros y mosqueteros en las mangas del escuadrón⁷⁶. Este procedimiento general se aplicaba tanto en los casos de ejércitos formados por una sola nacionalidad como cuando existían varias de ellas. Para una mejor comprensión de lo dicho, y referido a este segundo escenario más complejo, Barroso ofrece el ejemplo de formar un escuadrón de picas con 2.500 soldados, siendo 750 españoles, 900 alemanes, 450 valones y 400 borgoñones. La raíz cuadrada del total era 50 que sería la cantidad de soldados por hilera. Pero, para conocer cuántos de ellos pertenecían a

⁷³ Eguiluz, Martín de: *op.cit.*, f. 44r.

⁷⁴ Escalante, Bernardino de: *op.cit.*, fol. 81r. Álava y Viamont, Diego de: *op.cit.*, fol. 132r. Funes, Juan de: *op.cit.*, fol. 1r. Valdés, Francisco de: *Espejo...*, pág. 32.

⁷⁵ «El ejército se dividía en tres cuerpos principales: vanguardia o manguardia, batalla (el centro), y retaguardia o zaga». Por lo general, la primera posición iba destinada a las tropas ligeras, en la segunda se concentraba la parte más fuerte del ejército, y, en la última, se situaba otra parte de la infantería y caballería. Ferrer, José: *op.cit.*, pág. 485. Mosquera de Figueroa atribuye al rey David el origen de la división del ejército en estos tres cuerpos antedichos. *Vid.* Mosquera de Figueroa, Cristóbal: *Comentario en breve compendio de disciplina militar*. Luis Sánchez, Madrid, 1596, fol. 7v. En su obra menciona los libros de Sancho de Londoño, Bernardino de Mendoza, Bernardino de Escalante, Francisco Arias de Bobadilla y Diego de Álava y Viamont, entre otros.

⁷⁶ Barroso, Bernardino: *op.cit.*, pág. 54.

cada nacionalidad, habría que dividir este número entre la cantidad parcial de cada una, obteniendo, de este modo, los necesarios en cada hilera que, en nuestro caso, sería 15 españoles, 18 alemanes, 9 valones y 8 borgoñones.

Cada soldado ocupaba un pie cuadrado (0,32 cm) y debía dejarse un pie a derecha e izquierda y tres más, por delante y por detrás⁷⁷. García de Palacio lo explica del modo siguiente: «auiendo tres pies de Soldado à Soldado, no se estoruen ni impidan en el pelear, y demas del pie que toma de largo, se le dan tres por delante, y tres por detras, para que aya de Soldado a Soldado seys pies a lo largo», más el que ocupaba⁷⁸. Dicho de otro modo: sumadas las proporciones indicadas, la distancia habitual entre soldados era «en lo largo, 7 pies y en lo ancho, 3 pies» aunque hubo autores que recomendaba separar todavía más los lados, hasta los 5 pies⁷⁹. Sin embargo, esta última separación era tenida como excesiva por Carrión Pardo para quien lo adecuado era que «de compañero a compañero... [hubiese] tres pies y medio», manteniendo la «regla de siete pies de hilera a hilera»⁸⁰. En razón de estas cantidades, los autores militares se apresuraron a señalar que nunca se podría obtener «la figura cuadrada sino mas bien un rectangulo» en un escuadrón⁸¹. Una forma sencilla de distribuir los soldados era aplicar esas distancias antedichas y multiplicarlas entre sí: $7 \times 3 = 21$, $7 \times 3,5 = 24,5$ ó $7 \times 5 = 35$. Estos resultados volvíanse a multiplicar de nuevo por el total de efectivos disponibles, obteniéndose la raíz cuadrada de la cantidad, a la que había de dividirse entre tres para saber el número de soldados por hilera y entre siete para el de las filas. Otra fórmula, algo más compleja, que recoge Valdés en su obra, se basa en los cálculos del célebre matemático Gerolamo Cardano, conocido por su apodo Tartaglia (el Tartamudo), defecto causado por la herida sufrida en el rostro tras el saqueo de Brescia, su ciudad natal. Y la explica con un ejemplo para el que toma como referencia el guarismo 49, que lo multiplicaba por sí mismo obteniendo la cifra de 2.401. Esta cantidad la multiplica a su vez por los efectivos totales del escuadrón, dividiendo luego el resultado entre 1.000. La raíz cuadrada de este dato era el número total de soldados que se debían colocar en cada hilera, cuyo número conocía por haber dividido la suma total de soldados entre la raíz cuadrada obtenida⁸².

⁷⁷ Aguilera López, A. Jorge: *La Revolución Militar durante la primera mitad del siglo XVI. Creación, organización, financiación y composición de los Tercios de Carlos V*. Barcelona, Universidad, 2013, pág. 44.

⁷⁸ García de Palacio, Diego: *op.cit.*, fol. 147v.

⁷⁹ Barroso, Bernardino: *op.cit.*, pág. 88.

⁸⁰ Carrión Pardo, Juan de: *op.cit.*, fol. 20r.

⁸¹ Álava y Viamont, Diego de: *op.cit.*, fol. 108v.

⁸² Valdés, Francisco de: *Diálogos...*, ff. 20r, 21r-v y 22r-23r. El ejemplo al que recurre es el siguiente: para constituir un escuadrón con 1.600 hombres, se multiplica este por los

Los tratadistas militares debatieron asimismo acerca de si el número de hileras de un escuadrón debía ser par o impar. Funes mostraba indiferencia hacia este aspecto si bien señalaba que los «Españoles acostumbran a ordenar nones». Pero achaca esto sólo al peso de la tradición sin tenerlo como un asunto de especial trascendencia. Luego, al considerar el tamaño de un ejército, hace que se incline por la ordenación «a pares... [pues] mas presto se hara el esquadron, que no si son nones»⁸³. Valdés, por su parte, reconoce haber dedicado tiempo a estudiar esta cuestión «con harta curiosidad... [en] autores antiguos, y modernos», y menciona un precedente religioso como causa de haberse consagrado la ordenación impar. Concluye más adelante señalando que la decisión de emplear un tipo u otro no influye en la fortaleza de un escuadrón, aunque proporciona varios ejemplos de formaciones pares, usadas por los ejércitos españoles de la época⁸⁴. El mismo parecer lo comparten Eguiluz y Escalante para quienes era indiferente utilizar uno u otro esquema, siendo, para este último, más significativo que un escuadrón guardase la debida proporción con relación al lugar donde se constituyese⁸⁵. Finalmente, García de Palacio sugería que la costumbre seguida en la Antigüedad era la ordenación par de las hileras, «y no por nones como agora se vsa». Los motivos que expone para realizarlo de esta última forma se relacionan, de un lado, con la creencia de que las banderas estaban mejor protegidas; y, de otro, con la propia consideración del número impar como «mas perfecto y entero»⁸⁶.

Una de las premisas a considerar en todo escuadrón era conocer el origen de los hombres que servían en sus filas y, en este sentido, los escritores militares estudiaron la conveniencia o improcedencia de separarlos por nacionalidades. Mosquera de Figueroa creía oportuno aglutinar los efectivos de una misma procedencia convencido como estaba de que así «estan los exercitos con mas gusto, y ayudanse con mas esfuerço en las batallas»⁸⁷. Otros autores como García de Palacio y Mendoza, apoyaron este argumento e incidieron en que la diversidad de lenguas y costumbres provocaba «confusion en muchas ocasiones, no solo en los alojamientos, pero

2.401 antedichos obteniendo como resultado 3.841.600, que divide entre 1.000 para alcanzar la cifra de 3.841. Su raíz cuadrada, 61, será el número de soldados que debe tener cada hilera. Para conocer el número de hileras, hay que dividir el número de soldados entre la raíz cuadrada, 1.600 entre 61, que daría 26, con un excedente de 14, para ser distribuidos por el sargento mayor como le pareciese oportuno.

⁸³ Funes, Juan de: *op.cit.*, ff. 4v-5r.

⁸⁴ Valdés, Francisco de: *Espejo...*, pág. 26.

⁸⁵ Eguiluz, Martín de: *op.cit.*, fol. 85r. Escalante, Bernardino de: *op.cit.*, fol. 80v.

⁸⁶ García de Palacio, Diego: *op.cit.*, fol. 147r.

⁸⁷ Mosquera de Figueroa, Cristóbal: *op.cit.*, fol 61r.

al pelear» que, inevitablemente, ocasionaban conflictos entre los soldados, considerando, por todo ello, que «indubitadamente seria mas de estimar el exercito de vna sola nacion»⁸⁸. A veces, este desconcierto se agravaba por el desconocimiento de los mandos hacia el idioma hablado por la tropa, lo que dificultaba la comprensión de las órdenes. Pero quienes estaban a favor de integrar a todo soldado en un mismo escuadrón, con independencia de su nacionalidad, destacaban la ventaja de poder aprovechar las habilidades innatas que pudiesen tener para manejar una clase concreta de armamento, como las que detalla Scarión de Pavía⁸⁹. Incluso hubo alguno que propuso «por prudencia» colocar juntos a amigos y parientes a la hora de constituir el escuadrón, por entender que contribuía a estimular el valor cuando llegaba el momento de presentar batalla⁹⁰.

Lo más habitual era que el escuadrón comenzaba a formarse en la plaza de armas o en un sitio que fuese espacioso. La operación se realizaba «a la sorda» –en silencio– para permitir que todos los soldados escuchasen las instrucciones⁹¹. Entonces se «pasaba la palabra», es decir, se comunicaba a la primera hilera «la orden que manda el official, y ella a la segunda, y de la segunda a la tercera, y assi continuar hasta que llegue la orden en vn instante a donde ha de llegar»⁹². Gutiérrez de la Vega explica de esta manera el modo general en que se organizaba un escuadrón: «quando se toca vn arma –señala–, hanse de yr haziendo hileras ... conforme al número que toca por hilera y a la disposicion del sitio donde han de ser recogidos ... y al instante no se ha de mirar a quien toca vanguardia, ni batalla, ni retaguardia de cada termino, ni compañía», aspecto este último que prefería se resolviese más adelante, siempre que no estuviese próximo el adversario⁹³. Cabe recordar, además, que los piqueros podían llevar un mozo que les ayudaba a transportar el arma y, en este caso, formaban en hilera detrás de ellos. Pero tan sólo estaba permitido valerse de ellos durante la marcha de escuadrón, no así en el momento del combate, en que debían abandonar la formación para no desordenarla. Opinión compartida por los militares más experimentados era que el maestre de campo se colocase en la parte derecha del escuadrón ya

⁸⁸ Mendoza, Bernardino de: *Teórica y práctica de guerra*. Vda. de Pedro Madrigal, Madrid, 1595, pp. 45 y 47. *Vid. tb.* García de Palacio, Diego: *op.cit.*, fol. 157v.

⁸⁹ Scarión de Pavía, Bartolomé: *op.cit.*, ff. 10r-11r.

⁹⁰ León VI, Emperador de Oriente (El Filósofo): *Aparato bélico*. Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 9137, fol. 24r.

⁹¹ Escalante, Bernardino de: *op.cit.*, fol. 48r. García de Palacio, Diego de: *op.cit.*, fol. 47v. Martínez Ruiz, Enrique: *Los Soldados del Rey. Los ejércitos de la Monarquía Hispánica (1480-1700)*. Actas, Madrid, 2008, p.870. Aguilera López, A. Jorge: *op.cit.*, pág. 44.

⁹² Scarión de Pavía, Bartolomé: *op.cit.*, fol. 85v.

⁹³ Gutiérrez de la Vega, Luis: *op. cit.*, h. D6.

formado, siempre que este se hubiese constituido con soldados de un único tercio. En caso de realizarse con efectivos procedentes de varios de ellos, esta posición la ocupaba el capitán general como comandante del ejército en tanto que los maestros de campo se situaban en el lado izquierdo⁹⁴. Con el escuadrón así reunido, tanto Londoño como Scarión abogan por seguir manteniendo el silencio e inciden en que el infractor de esta norma debía «ser sacado del escuadrón y avergonzado», además de imponerle luego severos castigos que iban desde la suspensión del sueldo hasta el destierro para los reincidentes⁹⁵. A este respecto, Londoño menciona, en apoyo de este principio, cinco versos del poeta Homero que alababan el sigilo ejemplar mostrado por los griegos durante el asedio a la ciudad de Troya.

Constituido de este modo el núcleo central de piqueros, tocaba protegerlo con guarniciones de arcabuceros que se situaban a los lados. Carrión Pardo apunta que lo deseable era que, al menos, hubiese cinco de ellos por hilera, los cuales se encontraban al abrigo de picas de 22 palmos (4,58 m). Pero también señala la preferencia suya de aumentar el número de arcabuceros hasta los siete u ocho por hilera, lo que obligaba a utilizar una pica de mayor medida –28 palmos (5,84 m)–, y cuya longitud era similar a la usada por los macedonios. Finalmente, acaba por reconocer que, de escoger esta última opción, el escuadrón «sería mas fortalecido por la muchedumbre del arcabucería», pero no a costa de las compañías adicionales que pudiera haber en el ejército –generalmente, una o dos por tercio– que creía más oportuno colocar en el interior del escuadrón⁹⁶. Funes, por su parte, propone también un incremento de este tipo aunque, a diferencia del anterior, sí creía conveniente aprovechar tales excedentes para reforzar ambas guarniciones⁹⁷. Mientras Valdés considera suficiente la guarnición de cinco arcabuceros por hilera para estar «debaxo del fauor de las picas», regla que podía alterarse sólo en circunstancias excepcionales a criterio del sargento mayor, pero nunca reduciendo los efectivos asignados a las mangas del escuadrón. Lo que compartía con Carrión Pardo era situar el remanente de arcabuces en el centro de la formación. E indicaba que, en el momento preciso, los piqueros se agacharían para facilitar el disparo de las armas de fuego⁹⁸. Por lo que respecta al número de mangas de un escuadrón, este mismo autor indica que no existía «una regla cierta» y podían ser una, dos o más, dependiendo sobre todo de la disposición de las tropas enemigas. Lo habitual era hacer unida-

⁹⁴ Eguiluz, Martín de: *op.cit.*, fol. 82r.

⁹⁵ Londoño, Sancho de: *op.cit.*, pág. 80. Scarión de Pavía, Bartolomé: *op.cit.*, fol. 98r-v.

⁹⁶ Carrión Pardo, Juan de: *op.cit.*, fol. 9r.

⁹⁷ Funes, Juan de: *op.cit.*, fol. 1r.

⁹⁸ Valdés, Francisco de: *Diálogos...*, ff. 37r-40r.

des de 300 soldados aunque Mendoza se mostraba partidario de «dividir las en menores cuerpos»⁹⁹.

En cuanto a la ubicación de las banderas y del bagaje, fueron asimismo asuntos abordados por los tratadistas¹⁰⁰. Como es bien sabido, la bandera identificaba a la compañía siendo el alférez –que la había adquirido– el encargado de custodiarla¹⁰¹. Este oficial –que, al decir del duque de Alba, era uno de los puestos más honrados de la milicia– tenía a su cargo un ayudante, denominado ‘abanderado’. Eguiluz se quejaba de la elección que hacían los capitanes de personas poco adecuadas para este cometido, las cuales «cogida[s] su vander a cuestras, apenas la pueden llevar, quanto mas estendida y haziendo gentilezas»¹⁰². En caso de que la compañía no tuviese un alférez –como habitualmente sucedía en Flandes–, sus funciones las desempeñaba el soldado más veterano de la compañía. Con el escuadrón ya conformado, las banderas de las diferentes compañías se colocaban «en el primer tercio de la piquería» quedando todas ellas en la misma hilera. Y sólo si eran demasiadas para hacerlo de esta forma, se habilitaba una segunda para agruparlas¹⁰³. Como posible variante, Carrión Pardo destaca la conveniencia de situar las banderas entre dos hileras de piqueros en vanguardia y las mismas en retaguardia, «de manera que aya entre las banderas quatro hileras de picas». Este mismo autor atribuía al duque de Alba la formación de escuadrones como medio de «amparar las vanderas», ocupándose seguidamente de explicar las diversas posiciones de las banderas en función del tipo elegido¹⁰⁴. Para Funes, el lugar más idóneo para las banderas era «a las nueve, a las onze, o a las treze hileras», lo cual estaba condicionado por el tamaño del ejército y también por el terreno en que operaba pero, aún influido por ambos factores, siempre se aplicaba el principio general de que éstas quedasen en el primer tercio de vanguardia¹⁰⁵. En lo que todos coinciden es

⁹⁹ Mendoza, Bernardino de: *op.cit.*, p. 165.

¹⁰⁰ «Bagage es todo el aparato i las mochilas de los soldados, como son los pages, las cavalgaduras, i demas animales, i qualquier instrumento i cosa que se lleva para el uso castrense». León VI, Emperador: *op.cit.*, f. 23v. Por lo que atañe a la bandera, Ortiz de Pedrosa mostraba su disconformidad con el parecer de Bernardino de Escalante, que afirmaba que ésta debía llevarse en la mano izquierda, portando el soldado una espada en la derecha. Ortiz de Pedrosa, Andrés: *op.cit.*, ff. 38v y 40r.

¹⁰¹ Escalante hacía derivar el significado de esta palabra del vocablo latino ‘aquilifer’, con el que se designaba al portador del águila de plata, enseña de las legiones romanas. Sin embargo, la etimología reconocida para este término procede del árabe al-fāris, ‘el jinete’. Escalante, Bernardino de: *op.cit.*, fol. 35r. *Vid.* artº «alférez» en el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*.

¹⁰² Eguiluz, Martín de: *op.cit.*, fol. 26r.

¹⁰³ Gutiérrez de la Vega, Luis: *op.cit.*, fol. 42r.

¹⁰⁴ Carrión Pardo, Juan de: *op.cit.*, ff. 18v y 19r.

¹⁰⁵ Funes, Juan de: *op.cit.*, fol. 3r.

en evitar que, reunidas todas las banderas en el escuadrón, ninguno pudiera llegar hasta ellas a caballo, excepción hecha del maestre de campo y del sargento mayor, pues esto se consideraba como «vna cosa indecente a aquel cuerpo místico del escuadrón»¹⁰⁶. Finalmente, Barroso ponía de relieve el despiste en que incurrían los soldados a la hora de reconocer la bandera de su compañía –acrecentado este en escuadrones numerosos con soldados de diferentes nacionalidades–, confusión que se producía sobre todo en el momento de marcha o de alojamiento, aspectos ambos abordados más adelante¹⁰⁷.

Sucedía en ocasiones que el escuadrón no podía constituirse por el deseo de los soldados de ocupar la primera hilera de la formación. El motivo no era otro que el de descollar en el campo de batalla a fin de obtener luego compensaciones por el arrojo y valentía demostrados en forma de recompensas, sirviendo al tiempo este ejemplo de estímulo para otros soldados. Valdés refiere este comportamiento que «ha acontecido muchas vezes» –especialmente entre los españoles– provocando retrasos en la ordenación del escuadrón e incluso la imposibilidad de constituirse, aspectos nada deseables pues afectaban a la disciplina y a su principio más elemental, el de la obediencia a los mandos del ejército¹⁰⁸. Solía castigarse esta conducta relegando a los soldados que la causaban a las posiciones de retaguardia para que aprendiesen la lección y evitar reincidir de nuevo en esta actitud. Pero no toda la responsabilidad la tenía la tropa. Eguiluz se hizo eco de una actitud igualmente reprochable en los oficiales que él mismo presenció cuando, sin justificación alguna, algunos mandos sustituían a un soldado por otro con la formación ya constituida que iba en contra de premiar el esfuerzo de quienes madrugaban para ocupar los mejores puestos¹⁰⁹.

Tocante a la situación del bagaje en el escuadrón, solía colocarse en el lado opuesto al que esperaba recibir el ataque enemigo, y estaba custodiado por el barrachel de campaña y por una compañía de arcabuceros (79 aproximadamente). Ahora bien, a lo largo de la decimosexta centuria, los escritores militares mantuvieron posturas encontradas acerca de esta cuestión tratando de conjugar, de una parte, la proximidad al escuadrón sin impedir sus movimientos y, de otra, que un alejamiento excesivo no dificultase su protección en caso de necesidad. De este modo, a fin de evitar las consecuencias perniciosas de los elementos de este binomio, se optó por la costumbre de situarlo en el centro de la formación. Desde luego, ante un

¹⁰⁶ Carrión Pardo, Juan de: *op.cit.*, fol. 20v. Eguiluz, Martín de: *op.cit.*, fol. 30r.

¹⁰⁷ Barroso, Bernardino de: *op.cit.*, pág. 36.

¹⁰⁸ Valdés, Francisco de: *Espejo...*, pp. 30-32.

¹⁰⁹ Eguiluz, Martín de: *op.cit.*, fol. 85r.

enemigo cuya caballería fuese superior, ésta era la opción más conveniente, y sólo, de no darse este condicionante, podía ir «entre los tercios, o tercio de la batalla y retaguardia»¹¹⁰. Otros tratadistas proponían ciertas variantes a este modelo general. A este respecto, Funes se mostraba partidario de situarlo fuera de la formación, para permitir que quedase «el escuadrón en la fuerza que antes estaua quando se ordenò»¹¹¹. Y Álava y Viamont prefería anteponerlo en vanguardia, incidiendo, en apoyo de su idea, en el beneficio que se obtenía al poderse detectar pérdidas accidentales de algunos de sus elementos durante la marcha de las huestes. Cabe recordar, también, que la captura del bagaje por el oponente causaba una tremenda conmoción en las filas del ejército y también en su propia reputación, porque se perdían las escasas pertenencias que los soldados atesoraban.

Álava y Viamont se ocupó también de señalar la posición más correcta para trasladar las piezas de artillería con seguridad en el escuadrón, siendo como era «un elemento fundamental en el arte de la guerra actual»¹¹². Y, después de mostrar su predilección hacia las bocas de fuego más pequeñas por ser fácilmente acarreadas y tener mayor frecuencia de disparo que las mayores, indicaba que la mejor ubicación posible era que la posición central en un escuadrón.

Un último aspecto, no por ello menos importante, requería la atención del sargento mayor a la hora de constituir el escuadrón, que no era otro que el referido a la distribución de los tambores en el mismo. Sin duda, se trataba de una cuestión relevante ya que los redobles de este instrumento permitían difundir las órdenes entre los soldados del escuadrón. Pero, para garantizar un correcto entendimiento de las mismas por todos ellos, resultaba imprescindible identificar estas secuencias melódicas por las que se comunicaba los «bandos» o instrucciones de los superiores; se «pasaba la palabra», es decir, las órdenes que se repetían de hilera a hilera; se mandaba «hacer alto» o detener el escuadrón; y se tocaba «arma/arma» para iniciar una escaramuza o combate¹¹³. Y, a semejanza de lo que ocurría con los efectivos del tercio, debía primero conocer el número exacto que había en cada compañía, información facilitada por el tambor mayor. Conocida esta cifra, se conformaban cuatro grupos de igual cantidad que se colocaban de la siguiente manera: uno en las mangas del escuadrón; otro, a tres hileras de la vanguardia; uno más en las banderas; y el último a cinco hileras de la reta-

¹¹⁰ Gutiérrez de la Vega, Luis: *op. cit.*, f. 49v. Valdés, *Espejo...*, pág. 46. León IV, Emperador de Oriente: *op. cit.*, f. 41v.

¹¹¹ Funes, Juan de: *op. cit.*, fol. 2v.

¹¹² Álava y Viamont, Diego de: *op. cit.*, fol. 134v.

¹¹³ Scarión de Pavia, Bartolomé: *op. cit.*, ff. 85v y 101v.

guardia. Esta disposición aseguraba que todos los hombres de la formación escuchasen las diversas órdenes que se daban en cada momento. Y, con machacona insistencia, todos los autores indican la forma correcta de hacerse, siempre consecutivamente y no a un tiempo, para no producir confusión en la comprensión de las instrucciones, posibilitando, por añadidura, que «de contino aya son de atambor»¹¹⁴.

Los escuadrones y su tipología

Las referencias a los diferentes tipos de escuadrones son abundantes en la literatura militar de la época. Los tratadistas acostumbran a detallarlos en sus obras, ilustrando por lo general las descripciones con gráficos y cálculos numéricos para facilitar su comprensión. Como muestra de ello, puede citarse el libro de Carrión Pardo, el cual ofrece diversos cuadros explicativos para formar un escuadrón de piqueros –de 100 soldados hasta los 10.000–, indicando en las columnas de la tabla los datos siguientes con sus resultados: en primer lugar, el número de hombres de que se dispone inicialmente, seguido por el de los que resultan precisos para cubrir filas e hileras (frente y fondo del escuadrón). A continuación, se señala la cantidad total de efectivos necesarios y, por último, el excedente de soldados¹¹⁵. Y así, por ejemplo, si se quiere formar uno de 600 hombres, el frente lo compondrán 24 soldados, y 576 serán los necesarios para conformar las hileras, quedando, por tanto, 24 libres una vez constituido. De igual manera se procede para el resto de cantidades.

Aun siendo muchas las clases de escuadrones que podían realizarse, los más empleados se reducían a sólo cuatro. Escalante, al igual que Valdés, Barroso y Scarión, los enumeran de la siguiente manera: «quadros de terreno, y quadros de gente, prolongados, y de gran frente», aclarando luego que son «los que al presente mas se vsan»¹¹⁶. Para justificar su utilización

¹¹⁴ Carrión Pardo, Juan de: *op.cit.*, fol. 20r.

¹¹⁵ *Ibidem*, ff. 2v-6v. Este autor indica que un ejército, por grande que fuera, «nunca passa, si llega, a diez mil picas» (fol. 2r).

¹¹⁶ Escalante, Bernardino de: *op.cit.*, fol. 78v. Valdés, Francisco de: *op.cit.*, pág. 19. Barroso, Bernardino: *op.cit.*, pág. 49. Scarión de Pavía, Bartolomé: *op.cit.*, f. 64r. En el ejemplar de Escalante, conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid, signado como R/4881, se incluye esta anotación manuscrita: «no ay esquadron fuerte, las ventajas con que se pelea los hazen fuertes, y el saber pelear con ellos». Y cuando se refieren los cuatro tipos de escuadrón, el lector anónimo subraya estas siete líneas en el texto, con el siguiente juicio crítico: «no sabe lo que dize ni lo que es milicia, no sabe nada, ni entiende lo que es milicia», anotando seguidamente en el margen externo que «este hombre totalmente ignora la milicia como los demás que escriuieron» (fol. 45r).

generalizada, inciden en su rapidez tanto para constituirlos como deshacerlos –que dependía de la pericia del sargento mayor–; en su fortaleza con relación a otros modelos; y en su adecuación para la marcha en cualquier terreno. Los «cuadros» –de «terreno o de gente»– se usaban más en lugares llanos, especialmente cuando el enemigo contaba con fuertes unidades de caballería. Los «prolongados» eran más del gusto de alemanes y suizos en tanto que poco utilizados por los españoles. Carrión Pardo circunscribe su uso a «leuante, o en frentes marítimos», aunque Valdés pone de relieve la equivocación de valerse del mismo en el norte de África donde resultaban más efectivos el «cuadro de terreno» o el de «gente»¹¹⁷.

El escuadrón *cuadro de terreno* debía tener más soldados en el frente que en profundidad para tener la apariencia de esta figura. Como queda dicho, el núcleo central de piqueros se defendía con guarniciones de arcabuceros en los flancos y en las mangas. Barroso destacaba esta formación sobre todas las clases restantes en razón de su mayor movilidad. Y añadía asimismo una justificación más para seleccionar este tipo, en función del mayor número de hombres en vanguardia con relación a su fondo. Merced a esta reducción de los efectivos en la retaguardia, podían reforzarse tanto el frente como los flancos del escuadrón, lo que obligaba al adversario a presentar una formación que superase la vanguardia contraria para superar los flancos y así poder alcanzar la victoria. Por su parte, Eguiluz incidía también en los beneficios de dicha formación y ofrecía, como variante de la misma, una propia con dos centros, si bien «no quiso tomarse trauajo de perficionalle con la pluma». También para Valdés este era «mas proporcionado, con igual fortaleza en vanguardia y retaguardia», a lo que añadía además el menor espacio que requería su constitución.

En cuanto al escuadrón *cuadro de gente*, tenía el mismo número de hombres en todos los lados, si bien, como el anterior, tampoco la imagen era la de un cuadrado perfecto por la distinta separación de los soldados antes aludida. Carrión Pardo explicaba que no resultaba «imperfecto [aunque tuviese] diez pies mas de lo que ha menester» si bien, a diferencia del anterior, toda alteración «en latitud, ora en longitud [sí lo hacía] imperfecto»¹¹⁸. Eguiluz lo consideraba como la más acabada formación de todas las posibles, sobre todo si se colocaba en su interior picas secas o arcabuces, y se rodeaba de coseletes, en la creencia de que así quedaba perfectamente constituido¹¹⁹. Propuso, además, dos posibles modificaciones a este modelo general –que llamó *cuadro de gente con volante* y *cuadro de gente en cruz*–

¹¹⁷ Carrión Pardo, Juan de: *op.cit.*, fol. 19v. Valdés, Francisco de: *Diálogo...*, fol. 19r.

¹¹⁸ Carrión Pardo, Juan de: *op.cit.*, fol. 12r.

¹¹⁹ Eguiluz, Martín de: *op.cit.*, fol. 90v.

recomendando la primera para atravesar zonas poco seguras y la segunda para asegurar una óptima defensa del bagaje. Por último, Barroso aconsejaba utilizarlo solamente en lugares llanos y espaciosos.

Finalmente, los escuadrones *de gran frente* y *prolongados* se obtenían del resultado de colocar «las tercias partes de que se ha de formar, en la frente, y la otra tercia parte en el fondo», que aclara Carrión Pardo con el ejemplo de conformar uno con «vn número de gente de siete cientos hombres, que seria su frente quarenta, y seys, è quinze de fondo»¹²⁰. Ambas clases de escuadrones resultaban fáciles de constituir si –como señala Valdés– el sargento mayor estaba avezado en conformar los tipos cuadrados. El *de gran frente* fue utilizado con éxito por el duque de Alba en la toma de Brabante. Relata este mismo autor que, después de cruzar el río Mosa, este comandante convocó a los mandos de los tres tercios de la infantería española y, tras debatirlo, se alcanzó el acuerdo de constituir un escuadrón con un frente de 60 piqueros y un fondo de 20, dotando a las hileras de una ordenación par. Pero el terreno dificultó su avance y este despliegue hubo de modificarse dividiendo la formación en tres secciones¹²¹. Por lo que respecta al *prolongado*, del gusto de los alemanes, no resultaba adecuado –según Eguiluz– en terrenos amplios pues adolecía del inconveniente de poder cubrir la totalidad del mismo. Esta circunstancia lo debilitaba y hacía pudiera ser fácilmente rota la formación, sobre todo si el adversario utilizaba el anterior, de *gran frente*, y atacaba los flancos¹²².

Justo es reconocer, sin embargo, que existían otras clases de escuadrón, como el de «media luna» –empleado por los turcos–; y de «luna nueva» –usado por los alemanes–; o en «forma de cruz» –utilizado por suizos e italianos–¹²³; y algunos otros con formas triangular, oval y de caracol, todavía menos frecuentes en la época, aunque comunes en la antigüedad¹²⁴. Vegecio, por ejemplo, era un firme partidario del escuadrón triangular

¹²⁰ Carrión Pardo, Juan de: *op.cit.*, fol. 22r.

¹²¹ Valdés, Francisco de: *Diálogos...*, fol. 31r.

¹²² Eguiluz, Martín de: *op.cit.*, fol. 89r.

¹²³ Ávila y Zúñiga describe esta formación, utilizada por los protestantes en la batalla de Ingolstadt. El terreno amplio permitió esta disposición, ordenada de la siguiente manera: por la derecha, marchaba un escuadrón número de caballería con ocho o diez piezas de artillería y, a su izquierda, otro similar con veinte bocas de fuego. Ambos escuadrones «no caminauan Hileras sino a la par porque juntamente pudiessen tirar las piezas que quissieran o pudiessen». Por último, en retaguardia, marchaba la infantería. Ávila y Zúñiga, Luis de: *Comentarios de la guerra de Alemania hecha por el emperador Carlos V.* S.i., Venecia, 1548, fol. 18v.

¹²⁴ Según García de Palacio, se «formauan batallones quadrados, cruzados, cornudos, ochauados, cuneos ò triangulares, forfices, para opponer à la forma cunea. Tambien los hazian Rhombicos, y otros de diuersos nombres y formas: assi para caminar en ordenança, como para pelear en campo». García de Palacio, Diego: *op.cit.*, f. 147r.

—del que consignó cinco variantes—, uno con forma de caracol, cuya disposición permitía al general observar a sus hombres y equipamiento, y vigilarlos más estrechamente en los desplazamientos. Desde una perspectiva histórica o, más exactamente, analizando las formaciones grecorromanas, García de Palacio refería que los suizos y los alemanes eran las naciones más proclives a seguir el ejemplo clásico en la organización del escuadrón. A diferencia suya, los españoles a cambio no empleaban estos modelos clásicos motivo por el cual proponía recuperarlos, dividiendo «al exercito en esquadrones, como los Romanos, de tres, ò de tres mil y quinientos hombres cada esquadron, y aun de menos», si bien anteponía a todo la habilidad del sargento mayor para constituir la formación más adecuada antes que reducir a reglas fijas la formación de esquadrones, «como si la ordinata en los enemigos fuesse siempre la misma»¹²⁵. Buscando también precedentes, Álava y Viamont indicaba que el escuadrón triangular fue muy utilizado por los escitas por permitir que un mayor número de soldados disparasen sus armas a un mismo tiempo, a lo que se añadía además la facilidad de los hombres a caballo para abandonar y acceder de nuevo al escuadrón durante el combate. Por lo que atañe al ovalado, destacaba su uso frente a un enemigo superior al aprovechar de forma más eficiente la potencia de fuego de los arcabuceros, que se colocaban alrededor de los piqueros, trazando esta figura geométrica. Sin embargo, todas estas formaciones adolecían de la misma deficiencia, que no era otra que la dificultad de organizarlas convenientemente, y ese había sido el motivo fundamental de que cayesen en desuso. Como señala Gutiérrez de la Vega, resultaban imposibles de constituir «si no fuessen de pequeño número» e incluso, en caso de que se conformaran, aludía también al obstáculo de mantener el escuadrón ordenado cuando caminaba, cosa que presenció en varias ocasiones¹²⁶. En la misma línea se expresa Funes cuando, después de describir los tipos de escuadrón menos frecuentes, asegura que todos ellos son «de ningun fructo»¹²⁷.

Como es lógico, no existía una clase de escuadrón que sirviese para toda circunstancia pues influían en la elección del más conveniente diferentes factores. Los más destacados, a no dudarlo, eran la orografía del lugar donde iba a combatir; la presencia de agentes climatológicos adversos, como el sol de cara o excesivo viento que mermaba la visibilidad; o el equipamiento material del ejército contrario así como el número de soldados con el que contaba. Autores como Álava y Viamont o Scarión de Pavía, por ejemplo, desaconsejaban siempre un enfrentamiento ante un adversa-

¹²⁵ *Ibidem*, ff. 55v y 146v.

¹²⁶ Gutiérrez de la Vega, Luis: *op. cit.*, h. D5u.

¹²⁷ Funes, Juan de: *op. cit.*, f., 4r.

rio superior en armas u hombres y, de no ser factible evitarlo, mostraban su preferencia hacia las formaciones cuadradas por asegurar «igual fuerza por todos los lados»¹²⁸. El argumento que exponían en su defensa era el de guardar la retaguardia y los flancos para reunir los soldados más valerosos en vanguardia. Y de tener fuerzas superiores al oponente, Álava y Viamont optaba por la utilización del tipo prolongado. Frente a ellos, Ávila y Zúñiga consideraba que el mejor escuadrón era el de gran frente cuando el terreno lo permitía, y recordaba el uso del mismo en varios conflictos armados, como la jornada del río Albis del año 1547. En esta ocasión, los tudescos lucharon contra las tropas imperiales de Carlos V ordenando «la frente de los Esquadrones de su caualleria muy angosta, y los lados muy anchos» dando la sensación a su adversario de tener mayor cantidad de soldados de los que realmente poseían¹²⁹.

Hubo también expertos militares, como Carrión Pardo, Eguiluz y Escalante, que se decantaron hacia una formación concreta, el «cuadro de terreno»¹³⁰, por considerar que ocupaba un menor espacio físico, y, todavía más relevante, por ser el tipo adecuado a la manera de luchar seguida por los españoles, los cuales procuraban ocupar las primeras hileras de la formación para «ser vistos pelear, que es la cosa del mundo que mas animos les da»¹³¹. Precisamente era, en esta posición, en opinión de Montes, donde se concentraba la fortaleza de un escuadrón y, por este motivo, defendía la colocación allí de los mejores hombres si bien más adelante afirma la conveniencia de situar soldados de esta clase, valientes y esforzados, en otras hileras distintas a la inicial y además en algunas filas exteriores, con intención de impedir la ruptura de la formación después de recibir el ataque enemigo¹³². En defensa del tipo «cuadro de terreno», Carrión Pardo trajo a colación varios acontecimientos bélicos de las guerras de Italia y de Flandes en los que este tipo había resultado invicto. Y recordaba incluso que, cuando no fue así, «el esquadron de los Españoles... nunca pudo ser roto, porque estaua en la forma que he dicho», como de hecho ocurrió en Rávena en el año 1512, cuando los franceses se impusieron en el campo de batalla a los españoles.

A semejanza de otros autores, Funes creía firmemente en la superioridad de las formaciones cuadradas, especialmente por ser las únicas que

¹²⁸ Álava y Viamont, Diego de: *op.cit.*, fol. 112v. Scarión de Pavía, Bartolomé: *op.cit.*, fol. 64r.

¹²⁹ Ávila y Zúñiga, Luis de: *op.cit.*, fol. 80v.

¹³⁰ Carrión Pardo, Juan de: *op.cit.*, fol. 14v. Eguiluz, Martín de: *op.cit.*, fol. 99r. Escalante, Bernardino de: *op.cit.*, fol. 79v.

¹³¹ Carrión Pardo, Juan de: *op.cit.*, fol. 12v.

¹³² Montes, Diego: *op.cit.*, fol. 14r.

permiten al escuadrón caminar sin ser desbaratado¹³³. Y parecidas opiniones recogen asimismo las obras de León VI y García de Palacio¹³⁴. Este último incluía además la misma recomendación de Carrión Pardo de destinar soldados de valía a las filas exteriores del escuadrón, y añade el uso de una curiosa estratagema, que consistía en colocar dos banderas a derecha e izquierda –que denomina *perdidias*– para que, siendo atacado el escuadrón, estimulase a los soldados a su defensa.

El escuadrón durante la marcha y en la batalla

Luego de considerar en las páginas que anteceden los pormenores sobre cómo se procedía a constituir el escuadrón y la tipología de los comúnmente utilizados, forzoso es tratar ahora de la manera en que este caminaba y combatía. Por lo general, los preparativos para la marcha comenzaban la noche anterior aunque hubo tratadistas militares que apuntaron la conveniencia de hacerlo poco antes de iniciar la jornada para no revelar la disposición que se seguiría hasta ese preciso momento. No obstante, lo que sí requería realizarse, con carácter previo, era recabar datos precisos sobre el terreno que se iba a atravesar, en especial los accidentes geográficos que debían cruzarse –ríos, montañas, valles, pasos estrechos, etc.–, para lo cual el sargento mayor solía apoyarse en informadores que conociesen la región, sin menoscabo de emplear también exploradores que, adelantados a la formación, reconocían el lugar. Conocidas, pues, tales condiciones naturales, este oficial recibía las instrucciones de sus superiores jerárquicos y daba «orden al atambor mayor que recoja, y al Capitan de la campaña que haga cargar el bagaje», para luego hacer lo propio con las banderas de cada compañía que se reunían en la plaza de armas, ocupando la posición asignada a cada una¹³⁵. En cuanto a la bandera del maestro de campo, la llevaba el cabo de escuadra de la primera hilera. Luego, el sargento mayor encabezaba la marcha en la vanguardia «como guía del escuadrón», salvo que se sospechase recibir el ataque por retaguardia, en cuyo caso ocupaba este lugar, pero, en ambos casos, debía estar próximo al maestro de campo para mantener entre ambos una comunicación fluida. Cabe recordar, además, que sólo él podía recorrer el interior del escuadrón, una vez constituido.

Una de las premisas a considerar en el desplazamiento del escuadrón era que las tropas estuviesen bien concienciadas de la importancia de man-

¹³³ Funes, Juan de: *op.cit.*, fol. 4r.

¹³⁴ León VI, Emperador: *op.cit.*, fol. 41r. García de Palacio, Diego: *op.cit.*, fol. 157v.

¹³⁵ Londoño, Sancho de: *op.cit.*, pág. 52.

tener la formación el tiempo que durase la jornada. Es bien conocida la fama de los tercios españoles por su «indisciplina en la marcha», ya que los soldados solían romper la formación y buscaban atajos para llegar más rápido a su destino al poco de haberla iniciado¹³⁶. Autores como Valdés y Mosquera de Figueroa se preguntaron por la causa de este comportamiento entre sus compatriotas y esgrimieron como causa su carácter colérico, el cual causaba «poca patientia para yr en orden», si bien Londoño lo atribuía al hecho de tener en mayor consideración «la honrra que a su propia vida o la infamia que a la muerte»¹³⁷. Fuese una u otra la razón lo que motivase esa actitud, no cabe duda de que suponía un grave impedimento para caminar de manera adecuada. Por esta razón, algunos expertos militares recurrieron al ejemplo romano como modelo, por entender que lo hacían correctamente, ya «sea por tercios o escuadrones enteros», sin abandonar nunca la formación¹³⁸. En este sentido, Londoño reconocía las escasas probabilidades del oponente para cogerlo desprevenido cuando este andaba en perfecta alienación. Asimismo, este autor estableció en 20.000 pasos la distancia que un ejército podía cubrir en cinco horas durante los meses estivales, marchando a «paso militar». Pero, de hacerlo a «paso pleno», aumentaba el trayecto que podía cubrirse hasta alcanzar los 24.000. Por encima de esta cifra, Londoño estimaba que habíase apresurado en exceso. Durante el traslado del ejército, se tenía en cuenta la norma general de disponer las armas de fuego en las mangas del escuadrón para disparar de lejos al enemigo además de en las guarniciones para amparar la formación. A este respecto, Barroso creía mejor colocar los mosqueteros en las esquinas y los arcabuceros en los flancos, con la sola excepción de una «campana rasa», en cuyo caso mejor resultaba situar a los primeros en posiciones de vanguardia. Cabe señalar, además, que este escritor estaba convencido de la mayor eficacia del arcabuz por ser «mas presto... en qualquier facion, que no el mosquete»¹³⁹.

Mayor detalle ofrece Escalante y Valdés en la configuración de un escuadrón en marcha. Ambos propusieron poner, en vanguardia, una compañía de arcabuceros en el lado diestro, seguida por otra en el flanco derecho. Y repetir luego este mismo esquema en la parte izquierda de la retaguardia, con arcabuceros tanto en la manga como en la guarnición. Los piqueros ocupaban el centro de esta formación con las banderas agrupadas en una

¹³⁶ Molina Fernández, Juan: *op.cit.*

¹³⁷ Valdés, Francisco de: *Especulo...*, pág. 37. Mosquera de Figueroa, Cristóbal: *op.cit.*, fol. 75v. Londoño, Sancho de: *op.cit.*, pág. 88.

¹³⁸ León, Emperador: *op.cit.*, fol. 39v. Mosquera de Figueroa, Cristóbal: *op.cit.*, fol. 75v.

¹³⁹ Barroso, Bernardino: *op.cit.*, pág. 58.

misma hilera¹⁴⁰. García de Palacio concretaba aún más el modo correcto en que habían de llevarse las picas, calada sobre sus hombros al caminar y arboladas al detenerse, teniendo presente que los que estaban «en el costado derecho de la ordenança ô en medio, lleuan las picas en las manos, ô hombros derechos; y los del lado yzquierdo, en la mano ô hombro yzquierdo»¹⁴¹. Para Montes lo más relevante durante el traslado era emplazar a los soldados *bisoños* en la parte opuesta donde se pensaba pudiese embestir el adversario, en compañía de la artillería. Y así, aquéllos con experiencia estarían frente a las filas del adversario, pero también servía para infundir temor cuando caminaban en ese lugar. De paso, recomendaba valerse de unidades de caballería ligera, las cuales –separadas a una distancia de quince o veinte pasos del escuadrón– servían al propósito de reconocer el terreno. Y sólo en caso de que el escuadrón contase con «lanças y herreruelos»¹⁴², el criterio defendido por Mendoza pasaba por situar estos últimos en el costado izquierdo de las lanzas, viniendo «a servir como de manga»¹⁴³. Por último, Escalante aconsejaba que el escuadrón se constituyese varias veces durante el desplazamiento para mantener a las huestes en continuo estado de alerta¹⁴⁴.

Ante la sospecha de encontrarse con el enemigo, Barroso proponía ubicar las picas en vanguardia con guarniciones de arcabuceros, dejando, en los costados la caballería y el bagaje. Expone seguidamente una disposición por él practicada que consistía en colocar a la diestra de una formación de piqueros «vnas tropas [de caballería] en número de la quinta parte de lo que es el esquadron» para atacar al oponente¹⁴⁵. Pero recomendaba que esta unidad no excediera de 125 lanceros, aunque tuviese que contener la carga de una caballería enemiga superior en efectivos. Para un escuadrón en marcha, Eguluz concretaba todavía más la forma en que debía realizarse, en hileras de siete soldados al abrigo de dos compañías de arcabuceros, en vanguardia y retaguardia, siempre que el terreno lo permitiera. Pero si había pasos estrechos que atravesar, lo adecuado era hacerlo con cinco hileras de mosqueteros y arcabuceros en vanguardia, seguidas por las mismas de piqueros, y relegar el bagaje y la artillería a la retaguardia, junto al excedente de tropas de caballería. Sucedió también que, en no pocas ocasiones, tenía que recurrirse a los gastadores para allanar el camino por el que transitaba

¹⁴⁰ Escalante, Bernardino de: *op.cit.*, fol. 85r-v. Valdés, Francisco de: *op.cit.*, fol. 53r.

¹⁴¹ García de Palacio, Diego: *op.cit.*, fol. 157r-v.

¹⁴² Uno de los tres cuerpos de caballería de los ejércitos españoles. Ferrer, José: *op.cit.*, pág. 480. Sobre los mismos, *vid.* tb. Eguluz, Martín de: *op.cit.*, fol. 134r.

¹⁴³ Mendoza, Bernardino: *op.cit.*, pág. 74.

¹⁴⁴ Citado por Notario López, Ignacio y Notario López, Iván: *The Spanish Tercios, 1536-1704*. Osprey Publishing, pág. 20.

¹⁴⁵ Mendoza, Bernardino de: *op.cit.*, pág. 75.

el ejército. Éstos iban custodiados por arcabuceros a caballo que también podían acudir en socorro del escuadrón cuando fuese necesario¹⁴⁶. Barroso destacó el uso de estos destacamentos en tiempos del rey francés Enrique III, «a los cuales llamaban Dragones», cuyos hombres portaban arcabuces cortos de cuatro palmos¹⁴⁷.

García de Palacio se preguntó por el escuadrón que resultara más seguro para la marcha cuando existía un elevado número de carruajes y personal de apoyo, y evidente peligro de ser atacado. Y, sólo para esta circunstancia, concluía que las mejores formaciones a utilizar eran dos tipos de escuadrones, *en cruz* y *cornudos*, especialmente el último, del que refiere su propia disposición: «era necesario –indicaba– diuidir todos los infantes de que se quiere formar en tres partes yguales... y esta es aun muy mas apta à lleuar entre los cuernos el carruaje ò artillería, y à pelear auentajadamente con los cuernos»¹⁴⁸.

Las paradas intermedias que hubiera de realizar el escuadrón antes de alcanzar su destino eran, quizá, el momento más delicado de la marcha, en razón de los desórdenes que pudieran aparecer, los cuales –de producirse– habían de ser atajados con celeridad. Por otro lado, resulta evidente la necesidad de efectuar ese descanso y permitir que los soldados recuperasen fuerzas. Pues, aunque los arcabuceros pudieran soportar una jornada completa sin detenerse, no sucedía lo mismo con los coseletes, quienes no aguantaban un ritmo continuo sin descanso por causa de su equipamiento. Siempre que fuesen seguros, se optaba por lugares próximos a cursos de agua en los que poder refrescarse. Era entonces cuando debía extremarse la vigilancia para contener rápidamente cualquier alteración y evitar, de este modo, males mayores. En este aspecto, Londoño mencionaba como ejemplar la marcha que hizo el duque de Alba desde territorio italiano al flamenco por el famoso «camino español» al frente de un ejército de 9000 infantes españoles y 1000 caballos ligeros, la cual completó después de 68 jornadas «sin desorden ninguno».

Por lo que atañe al momento del combate, comenzaban los preparativos «tocando arma» –de forma consecutiva, y no a un mismo tiempo¹⁴⁹– por vanguardia para reunir al escuadrón con rapidez mientras que los capitanes

¹⁴⁶ Eguiluz, Martín de: *op.cit.*, ff. 121v-122r.

¹⁴⁷ Barroso, Bernardino: *op.cit.*, pág. 67.

¹⁴⁸ García de Palacio, Diego: *op.cit.*, fol. 168r.

¹⁴⁹ En terrenos llanos, solía bastar con los atambores del centro del escuadrón para que todos conociesen las órdenes a seguir. Pero si el escuadrón era numeroso o si hacía viento, se añadían más en otras posiciones «porque quanto mayor silencio se guarda tanto mayor animo conciben los soldados i mas intrepidos estan los cavallos». León VI, Emperador: *op.cit.*, fol. 54r.

se situaban al frente de la formación, y los mosqueteros procuraban buscar una posición elevada para plantar su arma, a 60 u 80 pasos del ala diestra. Y lo propio hacían los arcabuceros. Entretanto el sargento mayor reconocía el terreno para facilitar al escuadrón la defensa más óptima, los piqueros se colocaban en el lado izquierdo de modo que se dispusieran en hileras parejas a los capitanes de las compañías de arcabuceros y de piqueros. Dicho de otro modo: cuando se daba la voz de alarma, las mangas de vanguardia se agrupaban para conformar el escuadrón como queda dicho¹⁵⁰. Y la misma operación se repetía en retaguardia al tener sospecha que el adversario podía venir por esta parte.

El fundamento de la disposición de todo escuadrón era reducir la posibilidad de que fuese arrollado por el empuje de la caballería. Por ello, los piqueros permanecían más a la defensiva en relación con las mangas que, ocupadas por soldados con armas de fuego, solían llevar el peso de la batalla, al menos en su comienzo¹⁵¹. Scarión de Pavía explicaba la manera de combatir de los coseletes, colocándose de manera que «el cuento de la pica [estuviese] al pie derecho, y con el pie izquierdo firme adelante», para sostener esa arma con ambas manos. Más tarde, cuando se producía el encuentro, aconsejaba dejar libre su mano derecha para desenvainar la espada con la otra, y así tener su filo apuntando hacia el suelo y mantener la pica con la izquierda, asentada ésta firmemente sobre el pie derecho¹⁵². García de Palacio recordaba además que sólo cuatro o cinco hileras de piqueros tenían su arma calada «aduiertiendo que en cayendo vna, se ha de abaxar otra... y quando se pelea por esta orden, sera bien abaxar vna ò dos ordenes mas que el enemigo»¹⁵³. Obviamente, en ninguna circunstancia, estaba permitido soltar el arma durante la lucha pues ello repercutía negativamente en la defensa de todo el escuadrón. También otros escritores, como Ortiz de Pedrosa, creían oportuno constituir una unidad especial, que denomina *escuadrón volante*, formada con los mejores soldados –seis de cada compañía– para oponerla al adversario al comienzo del enfrentamiento. Barroso la menciona asimismo fijando en cien piqueros su composición, con la misión de golpear el costado enemigo al cerrarse la formación.

¹⁵⁰ Barroso, Bernardino: *op.cit.*, pág. 65.

¹⁵¹ Rodríguez Hernández, Antonio José y Mesa Gallego, Eduardo de: «Del Gran Capitán a los Tercios: la herencia de Gonzalo Fernández de Córdoba en los ejércitos de los Austrias (siglos XVI y XVII)», en *Revista de Historia Militar*, II Extraordinario, 2015, pág. 169.

¹⁵² Scarión de Pavía, Bartolomé: *op.cit.*, fol. 92r.

¹⁵³ García de Palacio, Diego: *op.cit.*, fol. 189r.

Por último, cabe recordar que, en el momento del combate, resultaba habitual recurrir a ciertos ardides o engaños¹⁵⁴, muy en especial cuando se contaba con pocos efectivos, en cuyo caso se consideraba que un «escuadrón grande tiene alcanzada la victoria del inferior». Ante esto, se utilizaba la estratagema de colocar a arcabuceros y mosqueteros en el interior del escuadrón –lugar destinado, por lo general, a las picas secas– para coger desprevenido al enemigo y causarle una merma importante en sus filas. Otra comúnmente empleada es la propuesta por Carrión Pardo de «doblar las hileras» en el momento de la batalla, con el objetivo de simular un mayor número de soldados. Referido a un escuadrón *cuadro de gente*, lo explicaba del modo siguiente: «si el dicho escuadrón es de quarenta, y nueue picas de frente, y quarenta y nueue de fondo, que hazen número de dos mil y quatrocientos, y vna picas, pueden muy bien hazer encaxar en vna hilera otra, de suerte que venga a hazer nouenta, y ocho picas de frente, y veynte, y cinco de fondo»¹⁵⁵. Una más para esta misma finalidad –que recoge García de Palacio– consiste en usar «escuadrones falsos» –llamados de «infantes perdidos» por los alemanes– «por la falsedad y engaño encubierto que en ellos ay»¹⁵⁶.

Alojamiento del escuadrón

Sancho de Londoño reconocía que no existía un modelo general en el *arte de acampar*. Luego señalaba que no siempre eran convenientes los lugares elevados para ubicarlos, si adolecían de recursos naturales, como agua potable o pasto para el forraje de los animales, ni tampoco era seguro situar un campamento en la ladera de una montaña cuando hubiese gran distancia entre este y la cumbre de la misma. Y, de colocarse en terrero llano, había de considerarse cuestiones como la imposibilidad de ser anegado o defenderlo ante ataques con artillería¹⁵⁷. Lo cierto es que existía entre los autores castrenses una marcada preferencia por emplazar el campamento en espacios amplios, evitando tan sólo aquéllos que estuviesen rodeados por promontorios desde los que el adversario pudiese atacarlo¹⁵⁸. Como dato curioso, cabe referir que Scarión de Pavía atribuyó al general cartaginés

¹⁵⁴ González Castrillo, Ricardo: «Ardides y estratagemas de guerra», en *Revista de Historia Militar*, nº122, 2007, pp. 135-141.

¹⁵⁵ Carrión Pardo, Juan de: *op.cit.*, fol. 24r.

¹⁵⁶ García de Palacio, Diego de: *op.cit.*, fol. 163r.

¹⁵⁷ Londoño, Sancho de: *op.cit.*, pp. 53 y ss. García de Palacio, Diego: *op.cit.*, fol. 190v.

¹⁵⁸ León, Emperador: *op.cit.*, fol. 45v.

Aníbal el mérito de haber sido el primer estratega que instruyó al ejército sobre el modo de alojarse¹⁵⁹.

Cuando el escuadrón llegaba al campamento, permanecía en la plaza de armas –amplia y situada en centro del mismo– sin romper la formación hasta garantizar que todo el lugar fuese fortificado, que, desde luego, era mejor opción que defenderlo con soldados. Entretanto se realizaban estos trabajos de acondicionamiento –que, en esencia, consistían en cavar trincheras y hacer fosos–, algunas unidades de caballería y de arcabuceros velaban por la seguridad de todos. En el caso de campamentos poco permanentes, se optaba por otras soluciones, como la de colocar carros en círculo para formar su perímetro exterior, reforzados con tablones gruesos de madera y pequeñas bocas de fuego¹⁶⁰. La protección se reforzaba además con algunos centinelas, situados dentro y fuera de esta delimitación. Barroso recomienda distribuir los soldados del escuadrón de forma consecutiva, comenzando por los que ocupan la vanguardia y luego proceder con el resto de forma similar. Ofrece para ello una detallada descripción de cómo se realizaba esta operación¹⁶¹. El bagaje accedía después de hacerlo el ejército –si no había llegado previamente–, custodiado por una compañía de arcabuceros. El sargento mayor no abandonaba su puesto hasta conseguir que todos los soldados estuvieran convenientemente alojados, y las guardias hubieran sido distribuidas. En ese momento, ya «nadie [podía] entrar ni salir en el cuartel, y alojamiento, sin que sea visto dellas»¹⁶². Con relación a estas últimas, cabe indicar que la compañía responsable de este servicio conocía un día antes ese cometido que, siguiendo la costumbre española, se le había comunicado la tarde anterior. El cambio de guardia se realizaba por lo general una hora antes de anochecer para permitir que los soldados viniesen ya cenados, obviando así que «despues de entrado, no ha de boluer de la guardia a cenar»¹⁶³. Toda ausencia o incidencia producidas durante la guardia eran notificadas al maestre de campo¹⁶⁴.

Influido por el ejemplo clásico, Álava y Viamont indica que «la forma de alojar hoy dia es muy similar a la de los Romanos», o, lo que es lo mismo, que los campamentos tenían una disposición cuadrada, con cuatro cuarteles iguales en cada lado, «uno para el Capitan general, otro para el general de la caballeria, otro para el de infanteria y el ultimo para el Maestre de Campo,

¹⁵⁹ Scarión de Pavía, Bartolomé: *op.cit.*, fol. 20v.

¹⁶⁰ Molina Fernández, Juan: *op.cit.*

¹⁶¹ Barroso, Bernardino: *op.cit.*, pág. 70.

¹⁶² Valdés, Francisco de: *Espejo...*, pág. 50.

¹⁶³ Eguiluz, Martín de: *op.cit.*, fol. 47r.

¹⁶⁴ Scarión de Pavía, Bartolomé: *op.cit.*, fol. 57r.

Sargento Mayor, Comisarios y semejantes». En todos ellos, existían plazas en las esquinas, además de la central, ya señalada, destinada a los mandos del ejército por una cuestión meramente operativa, la de recibir información y despachar órdenes. Tales plazas –con sus respectivas trincheras y foso– se ocupaban del modo siguiente: «en las dos mayores de cada cuartel se coloca la infantería, en otra los vianderos y mercaderes y en otra la artillería en dos cuarteles contrarios... y en las otras dos la gente de a caballo». Su obra incluye, al final de esta explicación, un curioso esquema que resume la distribución¹⁶⁵. También Mendoza se mostraba partidario de contar con cuarteles separados para los diferentes cuerpos del ejército: caballería, infantería y artillería. Y, de ser factible, abogaba por la agrupación de soldados en nacionalidades, creyendo con ello «evitar la confusion que ay quando estan mezcladas»¹⁶⁶. La forma cuadrada del campamento era también la preferida por García de Palacio para el alojamiento, colocando asimismo una plaza central de armas y cuatro menores en las esquinas, y en ellas se localizaban los mandos del ejército «juntamente con los aventureros que se vienen sin sueldo». Refiere la costumbre de poner la «frente del campo hazia Oriente, y las espaldas al Poniente» para distribuir los cuarteles, como también la de abrir dos calles de cuarenta pasos de ancho para comunicar todo el campamento de un extremo a otro. En tales vías se colocaban los mercaderes, en tanto que los soldados ocupaban las plazas menores, con calles más estrechas de seis pasos. El espacio de cuarenta pasos que quedaba entre estas calles y las trincheras era donde se ponían los centinelas y la artillería, próximos ambos por tanto a la delimitación del campamento a fin de poder contrarrestar las incursiones del adversario, en caso de producirse.

¹⁶⁵ Álava y Viamont, Diego de: *op. cit.*, fol. 48r.

¹⁶⁶ Mendoza, Bernardino de: *op. cit.*, pág. 66.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA LÓPEZ, A. Jorge: *La Revolución Militar durante la primera mitad del siglo XVI. Creación, organización, financiación y composición de los Tercios de Carlos V.* Universidad de Barcelona, 2013.
- ÁLAVA Y VIAMONT, Diego de: *El perfecto Capitán instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de la Artillería.* Pedro Madrigal. Madrid, 1590.
- ÁLVAREZ DE TOLEDO, Fernando: *Discurso sobre la reforma de la milicia.* Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 12179.
- ANTONIO, Francisco: *Avisos para soldados y gente de guerra.* Rutger Velpen. Bruselas, 1597.
- ÁVILA Y ZÚÑIGA, Luis de: *Comentarios de la guerra de Alemania hecha por el Emperador Carlos V.* S.i. Venecia, 1548.
- BARROSO, Bernardino: *Teórica, práctica y ejemplos.* Carlo Antonio Malatesta. Milán, circa 1622.
- CARRIÓN PARDO, Juan de: *Tratado cómo se deben formar los cuatro escuadrones en que milita nuestra nación española.* Antonio Álvarez. Lisboa, 1595.
- EGUILUZ, Martín de: *Milicia, discurso y regla militar.* Luis Sánchez. Madrid, 1592.
- ESCALANTE, Bernardino de: *Diálogos del Arte Militar.* Rutger Velpen. Bruselas, 1588.
- FUNES, Juan de: *Libro intitulado Arte Militar.* Tomás Porrals. Pamplona, 1582.
- GARCÍA DE PALACIO, Diego: *Diálogos militares.* Pedro Ocharte. Méjico, 1583.
- GONZÁLEZ CASTRILLO, Ricardo: *El Arte Militar en la España del siglo XVI.* Ed. Personal. Madrid, 2000.
- : «Ardides y estratagemas de guerra», en *Revista de Historia Militar*, n.º 122, 2017, pp. 131–154.
- GUTIÉRREZ DE LA VEGA, Luis: *Nuevo tratado y compendio de Re Militari.* Francisco del Canto, Medina del Campo, 1569.
- ISABA, Marcos de: *Cuerpo enfermo de la Milicia española.* Guillermo Druy. Madrid, 1594.
- LANZ, Miguel de: Biblioteca Nacional de Madrid, ms. misceláneo núm. 3827.
- LEÓN VI, Emperador de Oriente (El Filósofo): *Aparato bélico.* Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 9137.

- LONDOÑO, Sancho de: *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*. Luis Sánchez, Madrid, 1593.
- MARTÍNEZ RUIZ, Enrique: *Los Soldados del Rey. Los ejércitos de la Monarquía Hispánica (1480–1700)*. Actas. Madrid, 2008.
- MENDOZA, Bernardino de: *Teórica y práctica de guerra*. Vda. de Pedro Madrigal. Madrid, 1595.
- MOLINA FERNÁNDEZ, Juan: *Formaciones de los Tercios en el siglo XVI*. 2018. <http://bellumartishistoria.blogspot.com/2018/02/formaciones-de-los-tercios-en-el-siglo.html> [consultado el 28/08/2020].
- MONTES, Diego: *Instrucción y regimiento de guerra*. George Coci. Zaragoza, 1537.
- MOSQUERA DE FIGUEROA, Cristóbal: *Comentario en breve compendio de disciplina militar*. Luis Sánchez. Madrid, 1596.
- NOTARIO LÓPEZ, Ignacio y NOTARIO LÓPEZ, Iván: *The Spanish Tercios, 1536–1704*. Osprey Publishing.
- ORTIZ DE PEDROSA, Andrés: *Perfecto General y opiniones militares*. Real Biblioteca de Madrid, ms. II–811.
- QUATREFAGES, René: «El ejército, gran protagonista de la política exterior», en *Historia General de España y América*. Rialp. Madrid, 1986, t. VI, pp. 573–596.
- RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, Antonio José y Mesa Gallego, Eduardo de: «Del Gran Capitán a los Tercios: la herencia de Gonzalo Fernández de Córdoba, en los ejércitos de los Austrias (siglos XVI y XVII)», en *Revista de Historia Militar*, II Extraordinario, 2015, pp. 143–188.
- SCARIÓN DE PAVÍA, Bartolomé: *Doctrina militar*. Pedro Crasbeeck. Lisboa, 1598.
- TRILLO, Antonio: *Historia de la rebelión y guerras de Flandes*. Guillermo Drouy. Madrid, 1592.
- VALDÉS, Francisco de: *Diálogo militar en el cual se trata del oficio de sargento mayor*. Pedro Madrigal, Madrid, 1592.
- : *Espejo, y disciplina militar en el cual se trata del oficio de sargento mayor*. Rutger Velpen. Bruselas, 1596.
- VÁZQUEZ, Alonso: *Sucesos de Flandes y Francia*. Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 2767.

Recibido: 09/02/2021

Aceptado: 24/06/2021

